

LA PRESIÓN FRANCESA SOBRE LAS BALEARES DURANTE EL REINADO DE CARLOS II, 1673-1689

ANTONIO ESPINO LÓPEZ

Universidad Autónoma de Barcelona

RESUMEN: *En el presente trabajo, nuestra intención ha sido analizar los motivos que llevaron a Luís XIV de Francia a interesarse por las islas Baleares. Hasta cierto punto, la agresiva política francesa en el Mediterráneo estuvo auspiciada por la propia debilidad de la marina de guerra hispana, incapaz de enfrentársele con posibilidades de éxito. Dicha situación condujo a su ineficacia, pues no se podían arriesgar unos barcos irremplazables. Por otro lado, las fortificaciones de las islas Baleares no estaban en las mejores condiciones defensivas, salvo el caso de las de Ibiza, adoleciendo en general todas ellas de falta de tropas y de artillería. Ello explica la presencia constante de la marina de guerra de Luís XIV en aquellas aguas, inquietando en especial a Menorca e Ibiza, que sólo el estallido de la Guerra de los Nueve Años (1689-1697) y la llegada de una flota aliada anglo-holandesa pudieron salvar de un intento francés más serio por apoderarse de ellas.*

PALABRAS CLAVE: Carlos II. Luís XIV. Islas Baleares. Defensa. Fortificaciones. Marina de Guerra.

THE FRENCH PRESSURE ON THE BALEARIC ISLANDS DURING THE REIGN OF CHARLES II OF SPAIN, 1673-1689

ABSTRACT: *In this work there have been analyzed the motives that drove Louis XIV of France to be interested for the islands Balearics. The aggressive French policy in the Mediterranean was a consequence of the own weakness of the Spanish fleet, unable to face him possibilities of success. The above mentioned situation drove to his inefficiency, since they could not risk a few irreplaceable ships. In addition, the fortifications of the islands Balearics were not in the best defensive conditions, the exception would be Ibiza, lacking all of them troops and artillery. It explains the constant presence of the French fleet in those seas, worrying especially Minorca and Ibiza; a situation that only the snap of the War of Nine Years (1689-1697) and the arrival of an allied Anglo-Dutch fleet could save from a more serious French attempt for getting bold of them.*

KEY WORDS: Charles II. Louis XIV. Balearic Islands. Defence. Fortifications.

INTRODUCCIÓN

Cuando durante los años del reinado de Carlos II la Monarquía Hispánica tenga que acudir a la defensa de sus reinos ibéricos orientales¹, atacados de manera inmisericorde por los ejércitos y las armadas de Luís XIV de Francia², lo hará sin dudar, pero obligando también a dichos reinos a inmiscuirse más que nunca en su propia defensa. Es más, tendrían que esforzarse por colaborar entre ellos, una tarea que aragoneses y valencianos realizaron, si bien con algún resquemor, con respecto a Cataluña³, aunque las Baleares y las Pitiusas, amenazadas constantemente por las armadas de Francia, no recibieron idéntica ayuda. Sin duda, los hechos del pasado obligaban a la defensa del Principado de Cataluña⁴, además del peligro obvio que comportaría la caída del frente catalán, poniéndose de nuevo en peligro Aragón⁵ y, en definitiva, la propia

Siglas utilizadas: ACA, Archivo de la Corona de Aragón; CA, Consejo de Aragón; AGS, Archivo General de Simancas; GA, Guerra Antigua; CG, Consejo de Guerra; CE, Consejo de Estado; ANC, Archivo Nacional de Cataluña.

¹ ÁLVAREZ-OSSORIO, A.: «Neoforalismo y Nueva Planta. El gobierno provincial de la monarquía de Carlos II en Europa», en ALCALÁ-ZAMORA, J. y BELENGUER, E (coord.): *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, Madrid, 2001, vol. I, pp. 1027-1059. BELENGUER, E.: *La Corona de Aragón en la Monarquía Hispánica. Del apogeo del siglo XV a la crisis del XVII*, Barcelona, 2001. GIL PUJOL, X.: «La Corona de Aragón a finales del siglo XVII: a vueltas con el neoforalismo», en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (ed.): *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, 2001.

² ACERRA, M., MERINO, J., MEYER, J. y VERGE-FRANCESCHINI, F.: *Les marines de guerre européennes XVIIe- XVIIIe siècles*, Paris, PUF, París, 1998. PETER, J.: *Les artilleurs de la Marine sous Louis XIV*, París, 1995. CORVISIER, A.: *La France de Louis XIV. Ordre intérieur et place en Europe*, París, 1979; *idem* (dir.): *Histoire Militaire de la France*, vols. I y II, París, 1992; *idem*: *Louvois*, París, 1983; LYNN, J.: *Giant of the Grand Siècle. The French Army, 1610-1715*, Cambridge, 1998. *Idem*: *The wars of Louis XIV (1667-1714)*, Londres, 1999. MEYER, J.: *Colbert*, París, 1981. SYMCOX, G.: *The crisis of French Sea Power, 1688-1697. From the Guerre d'Escadre to the Guerre de Course*, La Haya, 1974; *idem*: "Louis XIV and the outbreak of the Nine Years War", en HATTON, R. (ed.): *Louis XIV et l'Europe*, Londres, 1976.

³ ESPINO, A.: *Guerra, Fisco y Fueros. La defensa de la Corona de Aragón en tiempos de Carlos II, 1665-1700*, PUV, Valencia, 2007.

⁴ ELLIOTT, J.H.: *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia de España (1598-1640)*, Madrid, 1978. *Idem*: *El Conde-Duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona, 1990. ELLIOTT, J.H., VILLARI, R., HESPANHA, A.M. et alii: *1640: la Monarquía Hispánica en crisis*, Barcelona, 1992. ESPINO, A.: *Catalunya durante el reinado de Carlos II. Política y guerra en la frontera catalana, 1679-1697*, Bellaterra, 1999. SÁNCHEZ MARCOS, F.: *Cataluña y el gobierno central tras la Guerra de los Segadores, 1652-1679. El papel de don Juan de Austria en las relaciones entre Cataluña y el gobierno central, 1656-1679*, Barcelona, 1983. SIMON I TARRÉS, A.: *Els orígens ideològics de la revolta catalana de 1640*, Barcelona, 1999. *Idem*: *Construccions polítiques i identitats nacionals. Catalunya i els orígens de l'estat modern espanyol*, Barcelona, 2005. AYATS, A.: *Louis XIV et les Pyrénées Catalanes de 1659 à 1681. Frontière politique et frontières militaires*, Canet, 2002.

⁵ SANZ CAMAÑEZ, P.: «Municipio, fiscalidad real y empresa militar. Zaragoza y su contribución a la Corona durante el gobierno de los Austrias», en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P.

Castilla⁶. Pero lo cierto es que, como decíamos, el reino de Mallorca⁷ no recibió sino con cuentagotas ayuda militar (hombres, dinero, suministros) procedente de la Monarquía. El propósito del presente trabajo es analizar cómo la situación de relativa indefensión de las Baleares durante los años del reinado de Carlos II las colocó en una situación muy difícil con respecto a los intereses de la Francia de Luís XIV, que pudo apoderarse o bien de Ibiza o bien del puerto de Mahón con relativa facilidad. A nuestro entender, desde las guerras de Devolución (1667-1668) y, especialmente, de Holanda (1673-1678), Francia comenzó a utilizar los puertos de las Baleares (Mahón, Ibiza y la isla de Formentera) como bases para su marina de guerra en el Mediterráneo de una forma sistemática, iniciando el empleo en la década siguiente de nuevos sistemas de bombardeo (contra Argel y Génova) que fueron estudiados en la medida de lo posible por el gobernador de Menorca e Ibiza Juan Bayarte. Así, inopinadamente, las Baleares se convirtieron en un improvisado observatorio de los avances franceses en materia de artillería naval. Nuestro análisis finaliza en 1689 porque consideramos que, desde dicha fecha, y como hemos escrito en otro lugar⁸, la armada de Francia sería utilizada en el transcurso de la guerra de los Nueve Años (1689-1697) básicamente para apoyar a su ejército de tierra que, comandado por jefes de la talla de Noailles y Vendôme, acabaría tomando Barcelona en

(ed.): *Monarquía, Imperio y Pueblos en la España Moderna*, Alicante, 1997, pp. 493-505. *Idem*: *Política, hacienda y milicia en el Aragón de los últimos Austrias entre 1640 y 1680*, Zaragoza, 1997.

⁶ GELABERT GONZÁLEZ, J.E.: «Las ciudades castellanas. Entre la resistencia y la colaboración política», en ALCALÁ-ZAMORA, J. y BELENGUER, E. (coord.): *op. cit.*, vol. I, pp. 429-444. SÁNCHEZ BELÉN, J.A.: *La política fiscal en Castilla en el reinado de Carlos II*, Madrid, 1996. *Idem*: «Las relaciones internacionales de la Monarquía Hispánica durante la regencia de doña Mariana de Austria» en *Studia Historica. Historia Moderna* (Salamanca) 20 (1999) pp. 137-172. STRADLING, R.A.: *Europa y el declive de la estructura imperial española, 1580-1720*, Madrid, 1981. THOMPSON, I.A.A. y YUN, B.: *The Castilian crisis of the Seventeenth Century*, Cambridge, 1994.

⁷ ALOMAR, A.: *L'exèrcit mallorquí. De la fi de l'edat mitjana a la seva desaparició*, Palma, 1998. BELENGUER, E.: *Un reino escondido: Mallorca, de Carlos V a Felipe II*, Madrid, 2000; *idem*: «Els dos primers Àustries», en DEYÀ, M. (dir.): *L'Època Foral i la seva evolució (1230-1715)*, BELENGUER, E. (dir.): *Història de les Illes Balears*, vol. II, Barcelona, 2004. CASANOVA, U. de: *Aproximación a la historia mallorquina del siglo XVII*, Salamanca, 2004. CASASNOVAS, M.A.: *Història de les Illes Balears*, Palma, 1998. *Idem*: «La crisi de la Universitat General de Menorca durant el segle XVII», en VV.AA.: *Actes del XVII Congrés d'Història de la Corona d'Aragó. El món urbà a la Corona d'Aragó del 1137 als Decrets de Nova Planta*, Barcelona, 2003, vol. III, pp. 139-152. COLOM, M.: «La Guerra de Successió a les Balears», en E. BELENGUER, (dir.), *Història de les Illes Balears*. M. DEYÀ (dir.): vol. II, *op. cit.*, pp. 367-390. ESCANDELL, B.: *Ibiza y Formentera en la Corona de Aragón*. Tomo III/1, *De la crisis barroca a la planificación ilustrada (siglo XVII)*, Oviedo, 2000. JUAN VIDAL, J.: *El sistema de gobierno en el Reino de Mallorca (siglos XV-XVII)*, Palma, 1996.

⁸ ESPINO, A.: *Catalunya...* *Idem*: «La presión de la armada francesa sobre los reinos de la Corona de Aragón durante el reinado de Carlos II, 1665-1700» en *Revista de Historia Naval* (Madrid) 86 (2004) pp. 7-28. *Idem*: "El Mediterráneo en la estrategia aliada durante la Guerra de los Nueve Años, 1689-1697", en VV.AA.: *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórica-militar y sus repercusiones en España. V Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, 1998, pp. 681-694.

1697. Consideramos que la adopción de dicha prioridad salvó hasta cierto punto a las Baleares de una mayor incidencia bélica por parte de Francia, si bien no pudieron sustraerse a su presencia aquellos terribles años.

LAS DEFENSAS DE LAS BALEARES: TROPAS

Las dificultades para la Monarquía a la hora de vencer a los agermanados (1521-1523) hizo que no sólo se reestructurase la milicia urbana, como veremos, sino que se desease contar con unas fuerzas permanentes armadas con arcabuz primero, y mosquete más tarde: en concreto dos compañías de doscientos hombres cada una llamadas apropiadamente *Dels doscents*, dirigidas por capitanes. La caballería del rey estaba conformada por una compañía de cincuenta y cinco caballos, o *cavalls forçats*, que prestaban aquel servicio como un viejo recuerdo de la época medieval. Sólo en el siglo XVII se les armó con arma de fuego portátil (carabinas). La compañía de artillería del rey se creó en 1592 y se corresponsabilizaba, junto con la compañía de la artillería de la Universidad, de la defensa de los baluartes de Palma.

Los oficiales del rey en Mallorca eran un general de la caballería, tres maestros de campo, un capitán de la artillería del Reino, un capitán de la artillería real, el sargento mayor de Palma, el capitán de la caballería real y el capitán y gobernador de Alcudia. Los asuntos que afectaban a la defensa se ventilaban en un consejo de guerra presidido por el virrey pero en el que también estaba presente el *jurat en cap* del *Consell* del reino⁹.

Con relación a la defensa, era competencia del *Gran i General Consell* mantener algunas naves de guerra, una compañía de cien artilleros que cuidaban las piezas instaladas en las fortalezas (hay que decir que artillería había en toda la isla 175 piezas¹⁰, veintiuna de ellas de hierro, el resto de bronce; ciento quince en la Ciudad; once, como hemos visto, en el castillo de San Carlos; cuatro en el de Bellver; tres en Cabrera; dos en la Pobra; diecisiete en Alcudia y veintitrés entre los demás castillos. Además, había cuatro piezas de campaña). La milicia de la *Universitat* estaba formada por veinte compañías (desde 1584), además de las compañías antes mencionadas. En 1693 estas tropas sumaban 3.000 hombres. Además, había cuatro compañías de caballería voluntaria, aparte de la compañía de los *cavalls forçats*.

Las restantes villas del Reino contaban con su propia milicia constituida, asimismo, por cuatro tercios dirigidos por un maestro de campo y un sargento mayor, divididos en treinta y una compañías mandadas cada una de ellas por

⁹ PIÑA HOMS, R.: *El Gran i General Consell. Asamblea del Reino de Mallorca*, Palma de Mallorca, 1977.

¹⁰ Según F. Weyler, entre 1633 y 1686 se fabricaron en la isla hasta sesenta piezas. Véase WEYLER, F.: *Historia orgánica de las fuerzas militares de Mallorca, desde su conquista en 1229 hasta nuestros días*, Palma de Mallorca, 1862, p. 131.

un capitán. La caballería de la parte foránea se dividía, a su vez, en nueve batallones. En 1692, por orden del virrey, marqués de Villatorcas, se realizó una muestra de la infantería, caballería (tanto forzada como voluntaria), dragones que se hallaban en servicio en las treinta y cuatro villas de la parte foránea del reino de Mallorca. Los resultados fueron los siguientes: infantes, 16.594; caballería 889 hombres (700 caballos forzados y 189 voluntarios) y 798 dragones¹¹.

Ibiza, por su parte, contaba con una milicia compuesta por seis compañías, en las que se alistaban los hombres útiles de dieciséis a sesenta años, dirigidas por un capitán, elegido por el gobernador, un alférez y un sargento, designados por el capitán con la aprobación del gobernador. Una particularidad interesante era que la compañía de caballería que había en la isla era pagada por el rey, el arzobispo de Tarragona (ocho caballos) y el arcediano de San Fructuoso (tres caballos), como conseñores de la isla. Asimismo, existía una compañía de artilleros¹².

Ibiza disponía, asimismo, de diversas fuerzas pagadas por el rey. En 1666, dichas fuerzas eran las siguientes: una compañía de infantería que constaba de ciento noventa plazas, incluidos los oficiales, una compañía de caballería con setenta plazas y la compañía de artilleros que contaba con veinticinco plazas. En total, 285 plazas, cifra cercana al número de tropas —sobre las trescientas plazas— que desde 1560 había decidido Felipe II que debían guarnicionar la isla. Pero la realidad era distinta, pues Ibiza fue dotada en 1633 con una guarnición de doscientos cincuenta hombres —cuando el año anterior había bajado a los 142— y para su salario, regulado a dos tercios de paga, junto con el del gobernador, veedor y contador, pagador y tenedor de bastimentos, cirujano y capellán se señalaron 114.540 reales. Dicha cifra apenas se alcanzó en 1666-1667, cayendo a los 167 hombres en 1684, con un sueldo situado en ciento veinte mil reales de plata anuales¹³.

En Menorca, a causa de los ataques piráticos, y entre 1557 y 1570, Felipe II decidió incrementar la dotación militar del castillo de San Felip de Mahón, pasando de doce artilleros, doce ayudantes y sesenta soldados a una fuerza de cerca de ciento cincuenta plazas. A partir de 1580, las urgencias en otras zonas hizo que la guarnición quedase reducida a un centenar de plazas. En 1601, Ciudadela contaba con una compañía de infantería con nueve oficiales y sesenta y ocho soldados, mientras que Mahón disponía de otra formada por siete oficiales y sesenta y dos soldados; además, había una compañía de caballería con cincuenta y cuatro plazas¹⁴. En total, el rey mantenía, pues, ciento cin-

¹¹ ACA, CA, leg. 965. Años antes, en 1667, el virrey, don Rodrigo de Borja, señaló que en Mallorca había diecinueve mil hombres útiles para portar las armas, de ellos cinco mil en la ciudad de Palma, así como 788 caballos. AGS, GA, leg. 2.135, consulta del C.G., 5-VIII-1667 que contiene la relación del virrey de Mallorca del 11-VII-1667.

¹² MACABICH, I.: *Historia de Ibiza*, Palma, 1966, vol. I, p. 211.

¹³ AGS, Contaduría del Sueldo, 2ª época, leg. 354-1.

¹⁴ PONS ALZINA, J.: «El memorial d'arbitris sobre l'illa de Menorca del veedor Francisco Negrete», en *Pedralbes* (Barcelona) 21 (2001) pp. 92-94.

cuenta y seis infantes y cincuenta y cuatro caballos, doscientos diez hombres, además de los artilleros. En 1665 sólo quedaban noventa y dos infantes y treinta y ocho artilleros en Ciudadela. Se había pasado de los trescientos hombres en servicio de media durante las décadas de 1560 a 1630 en toda la isla, a apenas doscientos a finales del reinado de Felipe IV¹⁵. Durante el reinado de Carlos II se hizo un esfuerzo por incrementar la dotación menorquina. Por un informe del castellano de Mahón de 1684 sabemos que en dicha plaza servían por entonces treinta y tres oficiales y ciento noventa y siete soldados, nueve ayudantes y diecisiete artilleros, que sumados hacían 256 plazas; en Sant Antoni de Fornells, tercer castillo de la isla, había nueve oficiales, cuarenta y un soldados y dos artilleros con tres ayudantes (cincuenta y cuatro hombres); en Ciudadela había veintidós oficiales, ciento doce soldados, veintisiete artilleros y nueve ayudantes (ciento setenta hombres), con un salario de 6.250 reales de plata al mes. Así, en total, en Menorca había la no despreciable suma de cuatrocientos ochenta hombres en las tres guarniciones, una cifra que más que doblaba el número de soldados destinados de manera efectiva en Ibiza dicho año (167 hombres)¹⁶.

En cuanto a la milicia, en 1665 Ciudadela tenía 3.200 habitantes, cuyos hombres útiles para la guerra formaban en seis compañías con un total de 461 plazas, cifra que en caso de peligro se elevaría hasta las seiscientas. En 1672, el virrey de Mallorca, conde de Fuenclara, aseguraba que en Menorca sólo habría ciento cincuenta caballos útiles para servir y apenas tres mil hombres capaces de portar armas. En caso de peligro, se suponía que trescientos hombres podrían reforzar las guarniciones de Ibiza o Menorca procedentes de Mallorca o bien de Valencia.

Fue en el transcurso del siglo XVII, sobre todo, cuando la Monarquía Hispánica comenzó un proceso claro de detracción de hombres y numerario del reino de Mallorca. Gracias a un informe de 1663 tenemos una clara relación de las contribuciones realizadas por Mallorca desde 1617: el reino había servido con 14.162 soldados¹⁷. Durante el reinado de Carlos II, de 1665 a 1700, el Reino sufragó 1.104 hombres (sin contar los que servían en el Corso, 1.184 hacia 1672), además de las numerosas levas realizadas aquellos años por particulares y por la Monarquía: los jurados aseguraban al rey en 1694 que desde 1664 la Monarquía Hispánica había reclutado en Mallorca seis tercios, tres para la Armada, dos para Milán y uno para Mesina, sin contar muchas compañías que se habían reclutado para Italia (según nuestros cálculos, 3.649 plazas). Y si bien el virrey no había querido decirles el recuento de gente de armas que había en la isla, lo que era cierto, se sabía que no había más de 20.000,

¹⁵ THOMPSON, I.A.A.: *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias (1560-1620)*, Barcelona, 1981, pp. 364-368.

¹⁶ AGS, GA, leg. 2.583, consulta del C.G., 18-X-1683.

¹⁷ ACA, CA, leg. 990, 24-VII-1668, resolución del *Gran i General Consell*. CASASNOVAS, M.A.: *Història de les Illes Balears*, pp. 252-254.

«con que siendo assí, ni se podrá defender la ciudad por faltarle la guarnición necesaria en sus muros, ni le podrán impedir los desembarcos de los enemigos, en que consiste la mayor seguridad destas islas, ni finalmente se podrá socorrer a las adyacentes de Menorca y Ibiza, principalmente faltando las esperanzas de promptos socorros después de retiradas las armadas auxiliares de Inglaterra y Olanda...».

Y aún razonaban que todo ello no eran excusas para no hacer un esfuerzo de guerra, porque, por otro lado, estaban

«...escarmentados en cabeza agena, estamos promptos y resueltos en qualquier caso de morir primero que caer en poder de franceses assí por la natural aversión que los tenemos, como por no ver en viuda los excessos de inhumanidad y torpeza que oímos han executado en Cataluña...»¹⁸.

Lo cierto es que según un recuento de los hombres útiles para la defensa de la isla, así como del armamento con el que se contaba, efectuado por el virrey Rodrigo de Borja en 1667, el resultado fue que habían 24.294 hombres útiles para portar armas, con 12.074 arcabuces, 689 mosquetes, 5.986 escopetas, 2.270 picas, 1.346 caballos y 10.229 acémilas. Este recuento parece más serio que los efectuados para Aragón o Valencia idénticos años y, además, según estos datos, el reino mallorquín se encontraba mejor armado que los reinos castellanos o que la propia Cataluña antes de 1640¹⁹.

LAS DEFENSAS DE LAS BALEARES: FORTIFICACIONES

Diversos fueron los arquitectos encargados de proyectar las defensas de Palma: el lombardo Hugo de Cesena o Cessane (aunque también se ha propuesto a un flamenco: Hugo de Coutray) dio los primeros pasos en 1551; una década más tarde fue el italiano Giovanni B. Calvi²⁰, proyectista, asimismo, de las murallas de Ibiza y de Sant Felip de Mahón. Tras la muerte de éste en 1565, los castellanos Pedro de Velasco y Juan de Cevallos mantuvieron vivos los trabajos hasta la incorporación de otro italiano: Giacomo Palearo, llamado il Fratin²¹, quien en 1575 diseñó una nueva planta. Dicho año señalaba Felipe

¹⁸ ACA, CA, leg. 990, *jurats* de Mallorca al rey, 4-IX-1694.

¹⁹ ACA, CA, leg. 962, «Relación de la Reseña General... que se pasó en esta Ciudad y en todas las villas y lugares del Reino», 21-VIII-1667. ESPINO, A.: «La sociedad catalana y la posesión de armas en la Época Moderna, 1501-1652» en *Revista de Historia Moderna*, (Alicante) 20 (2002) pp. 447-472.

²⁰ Sobre los ingenieros militares que trabajan en las Baleares y, en especial, en Ibiza, véase FORNALS, F.: «Ingeniería e ingenieros en las islas Baleares en los siglos XVI y XVII», en BONNER, A. y BUJOSA, F.: *Història de la Ciència a les Illes Balears*, vol. II, *El Renaixement*, Palma, 2006, pp. 159 y ss.

²¹ Sobre su trayectoria, véase CÁMARA, A.: *Fortificación y ciudad en los Reinos de Felipe II*, Madrid, 1998, pp. 46-47.

II que tenía constancia que ya se habían gastado los *jurats* más 880.000 reales en la construcción de las defensas trazadas por el ingeniero Fratin, que constaban de nueve baluartes, y que en virtud de los acuerdos realizados —confirmados por el Reino en febrero de 1575 y agradecidos por el monarca el último de marzo— debía igualar dicha cantidad, faltando 2.541.000 reales sin contar los ciento diez mil que últimamente había enviado²².

Giacomo Palearo fue sustituido por su hermano Giorgio Palearo en 1580, quien proyectó un baluarte más, el décimo, que sólo sería aceptado por los *jurats* del Reino en 1602. Parece que las obras estuvieron paradas entre 1586, año de la marcha de Giorgio Palearo, y 1597, cuando llegó a Mallorca el nuevo virrey Ferran Çanoguera, quien aseguraba que se habían gastado en las fortificaciones 1.477.000 reales y, según sus previsiones, la obra se terminaría empleando otros 440.000 reales. En mayo de 1598 el príncipe de Asturias propuso gastar en las defensas de Palma todos los ingresos de la Santa Cruzada de Ibiza y Menorca²³. Poco después, el ya monarca Felipe III estableció con una Real Pragmática (del 7 de septiembre de 1600) que cada año deberían gastarse veinticuatro mil libras mallorquinas. Originariamente, dicho caudal debía aplicarse a perfeccionar las murallas de la ciudad de Palma, las de Alcudía y el castillo de San Carlos, así como en «conservar y fortificar otros puestos de la costa marítima de este Reyno»²⁴. En 1602, según el ingeniero T. Spanoqui y el maestro de obras A. Saura, la construcción de las defensas de Palma llevaba mucho retraso y se evaluaba en otros 1.540.000 los reales necesarios para concluir las obras²⁵. Sólo en 1623 se finalizaron los bastiones trazados por los hermanos Palearo, pero no con ello se concluyeron los trabajos. Se realizó una media luna en la cortina entre los baluartes de Jesús y Santa Margarita; se finiquitó en 1670 un hornabeque trazado por Vicente Mut y en 1690 se acabó otra media luna que protegía la llamada puerta del Campo trazada por Martín Gil de Gainza²⁶. Pero había otras necesidades que cubrir. Así, por ejemplo, en 1630 se comenzó a demandar un mayor gasto en artillería y municiones y, tras un tiempo de espera, en 1633 se decidieron gastar veintiocho mil reales en la compra de municiones y en la refundición de parte de la artillería vieja e inservible que había en la isla. En los años posteriores, ante las diversas alarmas de una posible invasión de la isla, se reactivaron las peticiones de un mejor armamento de Mallorca a costa de los fondos de la Fortificación.

²² ACA, CA, leg. 985, Felipe II al reino de Mallorca, 23-I-1578.

²³ TOUS MELIÀ, J.: «Las murallas de Palma durante la Edad Moderna», en VV.AA., *I Centenari de l'Enderrocament de les Murades de Palma, 1902-2002*, Palma, 2004, pp. 59-60.

²⁴ ACA, CA, leg. 991, virrey al rey, 19-X-1664.

²⁵ Véase el trabajo de CASANOVA, U. de: «El sistema defensivo de Mallorca en el siglo XVII» en *Estudis*, (Valencia) 12 (1985-1986), pp. 97-124.

²⁶ M. Gil de Gainza llegó al puesto de ingeniero militar del Reino (con oficio de sobrestante de las Fortificaciones) tras la muerte de Vicente Mut. En los últimos años Gil de Gainza había ayudado a Mut en su trabajo ante la falta de vista de éste, habiendo militado antes en la Armada. ACA, CA, Registros, n.º 288, Carlos II al virrey de Mallorca, 20-VII-1687.

En el caso de Menorca, en 1555, Giovanni B. Calvi realizó el diseño definitivo del castillo de Sant Felip de Mahón, construido entre 1558 y 1596 con un coste de 159.839 libras. En cambio, tras el asalto y saqueo de Ciudadela en 1558, Felipe II se limitó a reparar las murallas de la capital construidas en el siglo XIV. Desde entonces existiría una agria polémica, puesto que el arquitecto G. Palearo, el Fratin, fue partidario de fortificar Ciudadela. La Universidad General llegó a ofrecerle al monarca cuarenta mil jornales de trabajo a aplicar en las defensas de Ciudadela en las décadas de 1560 y 1570, cifra que en 1573 elevaron hasta los cien mil, pero Felipe II rehusó. No es extraño si tenemos en cuenta que en 1570 llegó a ordenar la evacuación de la isla dejando sólo la guarnición del castillo de Sant Felip. Sin duda, había que reducir gastos. Sólo a partir de 1615 se inició la construcción de las murallas abaluartadas de Ciudadela, que constarían de ocho bastiones; pero, por otro lado, la importancia estratégica que fue adquiriendo el puerto de Mahón hizo que no sólo con la construcción de sucesivos fortines, sino también con la hibernada allá de la flota hispana, o la flota inglesa del Mediterráneo en la década de 1670, además de la holandesa y la francesa, afluyesen a la zona unos caudales que revitalizaron su economía frente a la de Ciudadela. También se dieron órdenes en 1614, que se comenzaron a cumplir desde 1637, de levantar una fortificación más pequeña en Sant Antoni de Fornells para defender su bahía de un posible desembarco enemigo²⁷.

Con respecto a Ibiza, ya hemos insistido en otros trabajos²⁸ en relación con la realidad de sus fortificaciones, baste ahora recordar que Felipe II respondió a las acciones ofensivas de turcos y berberiscos, a menudo aliados con los franceses, levantando fortificaciones defensivas en las costas del Mediterráneo hispano y sacando adelante un amplio programa de reconstrucción naval. En el caso de Ibiza, a fines de siglo las obras defensivas, que incluían siete baluartes, estaban prácticamente concluidas²⁹. Una gran diferencia con respecto a la situación defensiva de Mallorca y Menorca.

En el transcurso del siglo XVII, y en especial durante el reinado de Carlos II, prácticamente no se harían obras de consideración en las fortificaciones ibicencas, debido a la cortedad de los medios económicos tanto de la Monarquía como de la Universidad, si bien en 1687 el ingeniero José Castellón, quien también actuaría en Menorca, levantó una traza para mejorar las defensas del

²⁷ CASASNOVAS, M.A.: «Las Islas Adyacentes al reino de Mallorca en la época de Felipe II», en VV.AA.: *Felipe II y el Mediterráneo. Vol. IV, La Monarquía y los Reinos*, Madrid, 1999, pp. 302-306. *Idem*: «Menorca i les Pitiüses a la Monarquia Hispànica», en BELENGUER, E. (dir.): *Història de les Illes Balears*, vol. II, pp. 361-366.

²⁸ ESPINO, A.: *Los gobernadores de Ibiza en el siglo XVII. Política y guerra en un enclave del Mediterráneo*, Ibiza, 2006.

²⁹ CASASNOVAS, M.A.: «Las Islas Adyacentes...», pp. 293-298. ESCANDELL, B.: *Ibiza y Formentera en la corona de Aragón. Tomo II, (Siglos XIV-XVI) De la crisis medieval a la Ibiza renacentista*, Palma de Mallorca, 1995, pp. 507-576.

barrio de la Marina y propuso mejoras defensivas en el puerto de Sant Antoni de Portmany³⁰.

LAS CARENCIAS DEFENSIVAS DEL REINO DE MALLORCA

A pesar de todo lo dicho, lo cierto es que las defensas menorquinas y mallorquinas, especialmente, adolecerían de muchas necesidades durante el reinado de Carlos II. Obviamente, con el inicio de cada guerra era cuando el sistema defensivo mallorquín pasaba una prueba de fuego, y nunca mejor dicho. Las operaciones marítimas en el Mediterráneo³¹ durante la guerra de Holanda (1673-1678), con el avistamiento de galeras francesas en la costa de Alcudia al final de la misma, hicieron que la Monarquía se preocupase cada vez más por la suerte de las defensas de las Baleares, argumento profusamente utilizado, y no sin motivo, por los habitantes de las islas para demandar al rey una mayor protección para evitar cualquier riesgo de invasión, circunstancia ante la que se sentían irremediabilmente perdidos. Por ello, no es de extrañar el interés continuo del monarca por conocer la situación de las fortificaciones mallorquinas, demandando a inicios de 1674 un informe, remitido por el virrey, conde de Fuenc Lara, en marzo de aquel año, sobre el particular, y otro nuevo en 1678, al finalizar el conflicto, al nuevo virrey, conde de Villar. Por ellos sabemos que se debían perfeccionar los parapetos de la muralla de Palma, abriendo el trozo de foso que quedaba por construir cerca del baluarte de Sant Antoni e igualándolo al resto. También debía realizarse la estrada cubierta en todo el perímetro de la muralla que miraba hacia tierra, dejándose para más adelante la que miraba hacia el mar; también faltaban las casamatas de los baluartes. Con relación a la fortificación de Alcudia, se decidió que se perfeccionase su foso y, una vez realizadas estas obras, que reclamaban toda la urgencia posible, Carlos II demandó que se comenzara a pensar en la posibilidad de construir una fortificación en el centro de la isla para el resguardo de toda ella, una medida que recuerda a otra, propuesta para Menorca por su gobernador, don Juan Bayarte durante los años de su primer mandato (1664-1671)³².

Pero más preocupante fue siempre la situación defensiva de Menorca e Ibiza. En el caso de la primera, y ante la inminencia de la guerra, en 1672 se dispusieron once mil reales para gastos de municiones y artillería para los castillos de Fornells y Mahón, pero éstos no llegaron. En junio de 1673 se debían remitir 30.000 reales a Valencia para reclutar setenta y cinco hombres con destino a

³⁰ ESCANDELL, B.: *op.cit.*, Tomo III/1, *De la crisis barroca a la planificación ilustrada (siglo XVII)*, Oviedo, 2000, pp. 161-164, 271-273.

³¹ ACA, CA, leg. 1.015, virrey de Mallorca a la reina gobernadora, 9-I-1670; Mariana de Austria al virrey, 10-II-1670.

³² ACA, CA, leg. 1.022, virrey de Mallorca al rey, 17-III-1674. ACA, CA, leg. 985, consulta del C.A., 4-III-1679.

Mahón y tampoco se había efectuado dicha remesa. Asimismo, se previó el envío de un ingeniero para revisar las últimas fortificaciones citadas y, de momento, no se había tomado ninguna medida³³. El dinero mallorquín era básico para intentar enmendar las obras defensivas de Fornells y Ciudadela. El castillo de Fornells se consideraba pequeño, pues sus cortinas medían apenas trece varas castellanas. Tenía cuatro baluartes, dos de ellos acabados con su cortina, pero el resto sólo tirado a cordón. El foso era poco hondo, de apenas ocho palmos, porque se encontraba agua de mar. Al ser muy pequeño, como se ha dicho, se habían construido alojamientos en los cuerpos de los baluartes, donde debían estar terraplenados; apenas contaba con diez piezas artilleras antiguas y unos cuarenta hombres de guarnición. El castillo defendía un puerto apto para galeras, pero no para navíos, los cuales, en caso de acercarse al lugar, podrían dismantelar el castillo con facilidad y luego desembarcar retirados de la costa³⁴. Por lo tanto, pensamos, ¿hasta qué punto era útil Fornells? ¿Sólo para vigilar las evoluciones de la armada francesa y la presencia de corsarios del norte de África?

En el caso de Ciudadela, en el transcurso de la guerra de Holanda se construyeron las cortinas entre los baluartes de Sant Antoni y Sant Miquel y entre éste y el de Santa Clara; se prosiguieron las obras en el de San Jerónimo y dos terceras partes de las murallas de Ciudadela se daban por finalizadas a lo moderno. El virrey solicitó que, en lugar de enviar más dinero desde Mallorca, habida cuenta de la necesidad que había en ésta de artillería y pólvora³⁵, y ante el riesgo de que los *jurats* no quisieran hacer el servicio, que de la Santa Cruzada³⁶ de Menorca se sacasen los caudales necesarios para acabar las obras, pero esta cantidad apenas montaba 25.550 reales anuales. Además, ante la aplicación de tantos medios para la defensa de Ciudadela, estalló el malhumor entre los habitantes de Mahón. Los *jurats* de Mahón enviaron a Carlos II un memorial donde se quejaban de que, en caso de invasión, sólo contaban con seiscientos hombres con capacidad para manejar armas, trescientos de los cuales marchaban de guarnición al castillo de Sant Felip y otros trescientos se los llevaba el gobernador a Ciudadela, quedando una población de tres mil personas a resguardo de unas murallas de quinientos nueve pasos de circunvalación, con dos baluartes y diez torres, faltando sólo sesenta y seis mil reales para acabar de poner en buena defensa la villa. Pedían, contra las órdenes dadas hasta entonces al respecto, que, en caso de invasión, si el enemigo no era rechazado, que tuviesen la posibilidad de hacer volver los hombres destacados en Ciudadela a Mahón para defender sus familias, como tenían concedido en una vieja orden de marzo de 1618. El gobernador de Menorca, don José Pardo, emitió un in-

³³ Existe un informe sobre lo necesario para los presidios de España, y especialmente Cataluña y el Mediterráneo, en AGS, GA, leg. 2.286, «Relación de lo que está resuelto se provea a Cataluña y otras partes», s.f., pero de 1673.

³⁴ ACA, CA, leg. 1.022, virrey de Mallorca a la reina gobernadora, 2-XII-1672.

³⁵ AGS, GA, leg. 2.325, consulta del C.G., 25-XI-1675.

³⁶ AGS, GA, leg. 2.347, consulta del C.G., 17-III-1677.

forme al respecto diciendo que Ciudadela tenía 561 hombres de armas y, por el perímetro de sus defensas, necesitaba tres veces dicha cantidad, de suerte que había que enviarles los de Mahón y de Alaior (663 hombres), porque de los de Mercadal y Ferrerías (325 hombres), trescientos se habían de enviar al castillo de Fornells. Por lo tanto, concluía Pardo, los hombres de Mahón eran necesarios para Ciudadela y, como siempre se había hecho, en caso de peligro su población debía refugiarse en aquella villa, no debiendo permanecer en Mahón. Para Pardo era una falacia que las defensas de Mahón se terminasen de construir a la moderna con un coste de apenas sesenta y seis mil reales, pues sus murallas, salvo dos baluartes, eran de tipo antiguo y, además, si se fortificara a la moderna, como sí se estaba haciendo con Ciudadela, en Mahón tampoco habría gente para defenderla bien. Apostaba claramente, pues, por una sola fortificación que concentrase todo el potencial defensivo de la isla³⁷. A priori parece lo más lógico.

En cuanto a Ibiza, el problema de los suministros para la guarnición y la población civil seguía siendo la cuestión fundamental. Ya en 1671, el gobernador F. Truiols explicaba que, según sus averiguaciones, se necesitaban diez mil fanegas de trigo, aceite y legumbres en la isla porque aquel era el tercer año de cosecha estéril, así como pan de munición para los soldados, que eran los primeros en sufrir las consecuencias de la carestía en un presidio como aquel. De hecho, la guarnición de Ibiza debía sacar de su sueldo los gastos comunes de manutención, alojamiento, vestidos, hospital, etc. Pero Truiols se quejaba, asimismo, de su ínfima calidad, sin disciplina ni sapiencia militar alguna,

«...procediendo la mayor parte dellos de los vagamundos, vandidos y gente perdida de diferentes Reynos, de donde procuran los virreyes para limpiar sus provincias remitirlos a este presidio...».

También señaló que los capitanes franceses circulaban por la isla sin ningún problema, «reconociendo los puertos y desembarcaderos» sin trabas de los naturales a quienes compraban alimentos a precios mucho más altos para tenerlos de su lado, si bien tales prácticas se habían acabado al imponer él penas graves³⁸. El estallido de la Guerra de Holanda fue aprovechado por Truiols para hacer algo más de presión comentando la naturaleza de sus tropas: los soldados de infantería eran ciento cincuenta,

«...y éstos de la calidad que se puede considerar respecto de componerse únicamente de los vagamundos que los virreyes de Valencia y Mallorca destierran a esta fuerza, de cuyos procederes no se puede tener la satisfacción que conviene para estos lances por carecer de disciplina militar»;

³⁷ ACA, CA, leg. 1.022, virrey al rey, 17-III-1677; gobernador Pardo al rey, 10-VII-1678.

³⁸ ACA, CA, leg. 1.037, gobernador Truiols al vicescanciller del C.A., 15-IX-1671; gobernador de Ibiza a Mariana de Austria, 25-XI-1671.

los artilleros no eran expertos y demandó dos cabos que les enseñaran su oficio —de hecho, se cursó petición al virrey de Mallorca, pero éste alegraría en junio de aquel año que ningún artillero mallorquín deseaba pasar voluntariamente a Ibiza—; la caballería estaba también muy mal montada y no llegaba a cincuenta hombres; en caso de sitio, no se fiaría mucho de la calidad de los naturales, pues no sabían nada de la disciplina militar, ni siquiera para seguir unas órdenes, por lo que necesitaba otros dos oficiales que le ayudasen en aquella tarea. También le urgía pólvora —tenía cuatrocientos quintales— y más trigo para los almacenes de la fortificación. El Consejo de Aragón reconoció que la situación era muy difícil en Ibiza, por ello propusieron el envío de mil cuarteras de trigo de Cataluña, así como dos artilleros, dos ayudantes y otros doscientos quintales de pólvora, pero no se le podían enviar tropas a Truiols porque faltaban en todas partes³⁹.

En la década de 1680, la presión francesa en todo el Mediterráneo iba a ser aún más brutal. Desde Mallorca, el virrey, don Manuel de Sentmenat, reclamaba mejoras defensivas, toda vez que en un informe previo había señalado cómo

«Esta ciudad, Señor, no está acavada de fortificación por ningún género de manera, pues le faltan las obras más principales y que más conducen a constituirla en la devida defensa, pues están sus baluartes y cortinas los más sin parapeto alguno; en los traveses sin acavar las casamatas; en mucha parte del fosso sin estar abierto en su devida proporción, tanto en lo que mira al ancho de él como en lo que tiene respecto a la profundidad que requiere; fáltale asimismo la estrada encubierta, parte de la fortificación exterior tan necesaria que la más obstinada defensa se debe executar en ellas...».

Además, las murallas estaban faltas de terraplén y se podía avanzar hacia el cuerpo principal de la muralla y picarla sin oposición. En la parte que miraba hacia el mar no había ninguna defensa, sólo una porción de tapia que se estaba cayendo. Por otro lado, la plaza de Alcudia tenía unas defensas imperfectas y sin la altura necesaria, de modo que se trabajaba en ello reforzándolas con estribos. También se laboraba en una torre para el puerto menor de Alcudia con capacidad para doce cañones. En concreto, en esta ciudad quería perfeccionar los fosos, ensanchándolos y haciéndolos más profundos para que desde la muralla se dominasen mejor, y cerrar de forma adecuada la zona por donde se podía esperar un ataque del enemigo, haciendo una tenaza que protegiera más eficientemente el baluarte defensor de aquella parte. En caso de desembarco del enemigo, continuaba Sentmenat, no había dinero prevenido para mandar gen-

³⁹ ACA, CA, leg. 992, consulta del C.A., 18 de abril de 1674; virrey de Mallorca a la reina gobernadora, 10-VI-1674. ACA, CA, leg. 1.040, consulta del C.A., 18-IV-1674 y gobernador de Ibiza a Mariana de Austria, 1-IV-1674.

te a atacarlo, si no era el dinero de la Fortificación, de modo que éste tenía un destino muy claro y no se podía tocar⁴⁰.

Ante la trascendencia de la anterior exposición, Carlos II demandó a su virrey un informe sobre el gasto necesario para terminar dichas obras. Don Manuel de Sentmenat evaluó el mismo en 1.008.970 reales, y ello sin contar con un tema clave, que nunca se trataría por falta de medios:

«En este reyno se entiende comúnmente que en el coraçon de la isla y cerca de la montaña se ha de hazer una nueva fortificación, como de un pentágono, que sea plaça de armas de toda la isla, y que en particular cubra y resguarde la villa de Benisalem o de Inca, y que pueda alojarse caballería y infantería, con atención a que si el enemigo pone pie en tierra, y no se le puede hazer prompta oposición luego se haría dueño de las villas, que todas están abiertas y indefensas... El gasto de esta plassa de cinco baluartes sería considerable...»,

unos seiscientos mil reales, si bien al final del documento el virrey aumentaba la cifra a setecientos mil⁴¹. Unas cantidades inasumibles aquellos años.

Juan Bayarte, elegido por segunda vez gobernador de Menorca en 1681, insuflaría nueva vida a las reivindicaciones isleñas. En una carta de junio de 1682, Bayarte reclamará ciento diez mil reales para terminar las obras de Ciudadela, desperdiándose los doscientos setenta y cinco mil reales del Real Patrimonio invertidos hasta aquel momento, pues éstas se habían quedado a la mitad y amenazando con arruinarse lo hasta entonces trabajado; como argumento de fuerza, Bayarte expuso la posibilidad de que si los enemigos desembarcaban allá, y se hacían fuertes en dicha plaza, no se les podría expulsar, y si caía Mahón se rompería la comunicación con Italia y Mallorca⁴². Tampoco parecía que se hubiese mejorado mucho en las fortificaciones de Mahón y de Fornells, básicamente porque los medios de guerra

«...se han ido dejando perder con notable descuydo, haviéndolos yo dejado en no mala forma, particularmente en todo lo que toca a artillería, artilleros y municiones, de modo que assiguro a V. I. que no he podido escusarme de gravísima pesadumbre quando lo he visto...».

⁴⁰ ANC, sección Casteldosrius, caja 83, 1241.15.36, virrey de Mallorca al rey, 28-II-1682. ACA, CA, leg. 986, virrey de Mallorca a Carlos II, 9-IX-1682. Dos años más tarde, en 1684, los jurados de Alcudia clamaban por su defensa, al encontrarse con dos puertos cercanos a la villa y la armada de Francia operando impunemente en la zona. El virrey Sentmenat les dará la razón comentando que la plaza necesitaría de unos dos mil soldados, cuando habitantes en la ciudad aptos para la defensa apenas llegaban a trescientos. Por ello, los jurados de Alcudia también demandaron una serie de ventajas fiscales para atraer población a su zona y mejorar, así, la defensa. ACA, CA, leg. 964, informe del virrey a Carlos II, 19-X-1684.

⁴¹ ACA, leg. 986. «Relación del estado de las fortificaciones de Mallorca y su defensa», sin fecha, y virrey al rey, 20-XI-1682.

⁴² ACA, CA, leg. 1.023, gobernador de Menorca al rey, 8-II-1682; Bayarte al C.A., 17-VI-1682 y consulta del C.A., 20-X-1682. ACA, CA, leg. 987, consulta del C.A., 31-XII-1682.

Una vez más, volvió a recomendar la construcción de una fortificación en el centro de la isla para alojar allá a toda la población —que evaluaba por entonces en ocho mil personas— incapaz de participar en la defensa en caso de invasión. También insistió en que se dotara a la isla de más medios económicos para su conservación y defensa. Y el rey estuvo de acuerdo⁴³.

En mayo de 1683 Juan Bayarte volvió a reiterar a Carlos II, ante la falta de señales de haberla percibido, la situación de Menorca:

«siendo la conservación y defensa de esta isla tan del servicio de V. Magd. e importante a toda su Monarchía, se hallan pocos puestos de esta calidad que cause su ordinaria conservación tan poca costa, aunque fuesen asistidos con los socorros de su dotación (que del modo que lo son de algunos años a esta parte apenas causan alguna, pero es imposible que subsistan así), siendo un pays que hace frontera a todos los enemigos de la Corona (especialmente a los que pueden intentar por esto mares) y sólo se necesita de los forçosos medios contra una invasión y aún de mucho menos que en otras partes, porque la gente para los refuerços de los dos castillos se halla prevenida para su tiempo, la de la guardia ordinaria de este presidio y poco menos de la que importaría la que ha menester en tiempo de invasión lo está asimesmo todo sin ninguna costa»⁴⁴.

El Consejo de Aragón, tras leer este informe, estaba de acuerdo en señalar que Menorca era la isla

«(...) más importante en el mar Mediterráneo por la comodidad de sus puertos, principalmente el de Mahón, para la comunicación de Italia e islas y dominio del propio mar, para cubrir las costas de España y por estar situada entre las de Berbería y Francia, especial motivo que obliga a mayor reflexión y cuidado».

Meses más tarde, en mayo de 1684, aún abogaba el Consejo de Aragón porque se hiciese algo positivo respecto a la defensa de Menorca⁴⁵.

Juan Bayarte apenas pudo trabajar en las fortificaciones menorquinas por falta de medios, indignándole una carta del Consejo de Guerra que le indicaba no sólo la necesidad de acabar la fortificación de Ciudadela, sino también la de Fornells, como si hubiese llegado a tiempo todo el dinero apalabrado para las mismas, cuando no había sido así. Desde el Consejo de Guerra solucionaban la papeleta señalándole a Bayarte que pidiese lo necesario para asegurar la conclusión de las obras; éste acabó por estallar:

⁴³ ANC, sección Casteldosrius, caja 94, 1242.19.46, Juan Bayarte al virrey de Mallorca, 1-11-19-I-1682; Carlos II al virrey de Mallorca, 26-VIII-1682. ACA, CA, leg. 1.019, gobernador Bayarte al rey, 18-II-1682.

⁴⁴ AGS, GA, leg. 2.610, gobernador Bayarte a Carlos II, 12-V-1683. ACA, CA, leg. 1.016, con un resumen del informe de Bayarte del 30-X-1683.

⁴⁵ ACA, CA, leg. 1.023, consultas del C.A., 30-X-1683 y 26-V-1684.

«(...) deajo al gran juicio de V.I.J. todo lo que yo podría decir ahora sobre esto y suplico que haga reflexión sobre la inteligencia en que estarán los supremos consejos de que estas fortificaciones se adelantan volando, quando no puedo continuarlas sino es con la lentitud que me causa la falta de caudal sintiéndola mucho en estos días que quedan de aquí a la cosecha...»,

no pudo dejar de decir nuestro gobernador. Y lo más lamentable era que con poco esfuerzo se podrían conseguir grandes adelantos:

«Mucho se me ofrecía que decir sobre la consistencia desta plaza, pero es de largo discurso y de recato importante para tratarlo entre ausentes. Sólo diré que con poco se pondría en postura de gran defensa, remediando unos defectos de marca mayor que son muy ventajosos al invasor»⁴⁶.

Tras incorporarse J. Bayarte al gobierno de Ibiza, su nuevo destino, a inicios de 1686 retornó don José Pardo al gobierno de Menorca, aunque por poco tiempo. Pardo elevó informe a Carlos II donde le explicaba que se iniciaban las obras para la construcción de una torre defensiva, la de San Nicolás, para proteger una eminencia que dominaba la plaza de Ciudadela⁴⁷. Y en marzo y abril de 1686 se trató sobre la defensa de Menorca ante las noticias de que la armada de Francia deseaba operar contra las islas. Por ello, el Consejo de Aragón solicitaría al rey el envío urgente de todo el dinero que se pudiera remitir desde Mallorca para acabar las fortificaciones de Menorca. El refuerzo de Mahón era clave pues, si caía, con aquella plaza lo haría toda la isla, de manera que había que enviar como castellano a alguien importante y de calidad y, asimismo, asegurarse que los soldados fuesen bien y puntualmente asistidos, cosa que últimamente no estaba ocurriendo, pues había muchos atrasos en el cobro de los mantenimientos de aquella guarnición y la gente huía. Por su parte, el virrey de Mallorca daba cuenta al Consejo de Aragón de cómo había pedido, nuevamente, dinero a los jurados para las fortificaciones de Menorca. La respuesta inicial de los mallorquines fue negativa, alegando que también eran necesarias las defensas de Alcudia, igualmente necesitadas de arreglos, siendo éste un puesto desde el que se podía señorear toda la isla en caso de invasión, de suerte

«(...) que no era justo que hallándose aquellos naturales en sus precisas necesidades huviesen de encargarse de las ajenas y propias de los de Menorca, que tienen Universidad separada y distinta y no ayudan en cosa alguna, ni contribuyen a la paga de los derechos de la Universidad de Mallorca y tienen sus imposiciones aparte de que se han de valer en sus necesidades...».

⁴⁶ ANC, sección Castellodosrius, caja 94, 1242.19.46, Juan Bayarte al virrey de Mallorca, 11-III y 4-13-30-IV-1684.

⁴⁷ ACA, CA, leg. 1.023, el gobernador, José Pardo, al rey, 2-II-1686; consulta del C.A., 28-III-1686.

Al final el virrey optó por enviar veintiocho mil reales de la Santa Cruzada sin que lo supiesen los jurados de Mallorca, y otros cincuenta y seis mil reales procedentes de los fondos que la Inquisición había requisado a los judíos conversos mallorquines, los famosos *xuetes*, en 1678⁴⁸. El Consejo de Aragón dictaminó que los mallorquines debían comprender que su defensa comenzaba en Menorca, un viejo axioma, como vemos, debiendo remitir los caudales necesarios para tal fin. El 29 de agosto de 1686 el rey repitió la orden. En noviembre, Carlos II ordenó el envío de otros cuarenta y dos mil reales del caudal de la Fortificación de Mallorca a Menorca. Pero la realidad fue bien distinta, pues el virrey, años más tarde, en julio de 1692, dirá que de esta cantidad se habían remitido sólo 22.890 reales⁴⁹. Por ello, el nuevo gobernador de la isla, V. Sanchís, se encontró con que la muralla medieval de Ciudadela se hallaba abierta por algunas partes y con un baluarte, el último, a medio terminar que, por otro lado, podía servir para escalar la antigua muralla en caso de ataque del enemigo. El rey, como era habitual en estos casos, pidió un informe de todo el dinero remitido a las fortificaciones de Menorca. En este se señalará que de los 131.250 reales que tenía que librar la Inquisición de Mallorca para las defensas menorquinas, de momento se habían enviado 93.401, quedando el resto por cobrarse. Según el gobernador, de la cuenta de la Fortificación de Mallorca sólo le habían llegado siete mil reales para terminar el baluarte de San Jerónimo, y necesitaría otros doce mil reales sólo para aquello. Finalizar las obras al completo, es decir, levantar una cortina hasta el mirador cerrando completamente la plaza, se llevaría otros 52.717 reales. El Consejo de Aragón señaló una vez más a Carlos II la importancia de las obras para que éste obligase a la Inquisición de Mallorca a enviar el dinero que faltaba⁵⁰.

Mientras, la situación de Mahón no se le escapaba al Consejo de Estado. Trató éste a mediados de 1688 diversas cartas sobre el estado de las plazas del Mediterráneo. El castellano de Mahón escribió el 21 de abril señalando cómo los navíos de guerra franceses se aprovechaban usualmente de los víveres que había en dicho puerto, siendo usado, asimismo, para carenar, dándole mucho cuidado aquella presencia. El Consejo de Estado lamentó que tanto Ibiza como

⁴⁸ Se produjeron autos de fe en 1675, 1679 y 1691, cuando se quemaron treinta y siete personas (tres de ellas vivas). Véase, CASASNOVAS, M.A.: *Història de les Illes Balears*, p. 264. BRAUNSTEIN, B.: *Els xuetes de Mallorca*, Barcelona, 1976, pp. 111-164. ANC, sección Castelladosrius, caja, 83, 1241.15.36, virrey de Mallorca al rey, 4-7-II-1682. ANC, sección Castelladosrius, caja 84, 1241.15.104, virrey al *Gran i General Consell*, 2-III-1682.

⁴⁹ ACA, CA, leg. 1.023, consultas del C.A., 18-III y 29-IV-1686 y orden del rey al virrey, 20-XI-1686. ACA, CA, leg. 201, orden real, sin firmar, III-1686.

⁵⁰ ACA, CA, leg. 1.023, gobernador de Menorca al rey, 30-VI-1688; virrey de Mallorca al rey, 15-I-1689; gobernador de Menorca al rey, 30-XII-1688; y consulta del C.A., 21-IV-1689. ACA, CA, leg. 1.019, gobernador al rey, 18-I-1689. La situación económica era tal que aún en 1689 se pugnaba por cuatro mil reales que debían ser entregados al castillo de Fornells desde 1682. ACA, CA, leg. 1.019, gobernador al rey, 27-X-1689.

Menorca no estuviesen en mejor defensa, señalando en voto particular don Vicente Gonzaga que en Ciudadela había comenzada «...una fortificación con cinco baluartes muy buenos en que no se trabaja muchos días ha y que sería de grandísimo perjuicio si aquel puesto se ocupase por alguna nación estrangera...»⁵¹. Antes o después podría suceder. Y sucedió.

En el caso de Ibiza, preguntado el gobernador interino, Félix Vegués, sobre las necesidades más urgentes de la isla, una vez declarada la nueva guerra a Francia en noviembre de 1683 (guerra de Luxemburgo), respondió éste en carta del 1 de febrero de 1684 diciendo que precisaba medios para el montaje de la artillería⁵² y, sobre todo, que se adeudaban cuatrocientos mil reales a la dotación de la isla, siendo el culpable de esta situación el asentista Francisco Montserrat, cuando

«(...) los pobres soldados si quieren alimentarse han de pedir limosna de casa en casa, como lo hacen, y ésta las más de las veces no la topan, con cuyo desconsuelo pasan a perder la fe verdadera de servir a V. Magd.»;

recalcaba Vegués que la dotación anual de ciento veinte mil reales hacía cuatro años que no se cobraba. El gobernador informaba también que se estaban reparando las plataformas de un bastión, cuando el año anterior ya se hizo la misma operación con otro, para poder disparar desde allá las artillerías. Señalaba que seguían muriendo soldados y, por ello, necesitaba ciento cincuenta hombres de reemplazo, procedentes de Valencia, para tener gente suficiente con la que guarnicionar las murallas. De hecho, según el gobernador, Ibiza requería una dotación de doscientos cincuenta hombres en situación de servir para la buena defensa de sus fortificaciones. Ante tales reparos, Carlos II pidió al Consejo de Guerra que buscase dinero para acabar de perfeccionar las defensas de Ibiza. Aún el 12 de julio de 1684, al conocer el Consejo de Aragón que en Valencia la leva ordenada para Ibiza iba muy lenta, le recordarían al rey la obligación que tenía el reino de Mallorca de socorrer con trescientos hombres a las islas adyacentes⁵³, un servicio que en aquella coyuntura no podían negar, volviendo los mallorquines a

⁵¹ AGS, Estado, leg. 4.136, consulta del C.E., 29-V-1688.

⁵² ACA, CA, leg. 1.038, consultas del C.A., 5-II-1681 y 30-VI-1683. ACA, CA, leg. 76, consulta del C.A., 29-XI-1683. Al tratar sobre el rompimiento de la paz con Francia, el Consejo de Aragón hizo un recorrido sobre las necesidades -y lo que podía aportar- de cada territorio, incluyendo Cerdeña, y es significativo que se recordase al rey que las islas de Ibiza y Menorca «son de la importancia que V.M. save y conviene que se les asista con su dotación y municiones y todo lo demás necesario para su defensa...».

⁵³ Explicaba el virrey M. de Sentmenat las diligencias realizadas para que los *jurats* de Mallorca aceptasen realizar el servicio de los trescientos hombres para Ibiza, y tras dos negativas excusándose por su falta de medios en aquella coyuntura, añadiendo que los de Ibiza se defienden en su fortaleza y nunca habían pedido ayuda a Mallorca, el virrey aconsejaba que en aquella coyuntura no se hiciesen más averiguaciones. Véase ACA, CA, leg. 1.038, virrey de Mallorca al rey, 19-VIII-1684.

sus casas después del verano, cuando se retirasen las galeras de Francia de aquellas costas y las catalanas⁵⁴.

El Consejo de Guerra se hizo eco a partir de fines de agosto de varias cartas del gobernador de Ibiza quien, ante las noticias de la presencia de la armada de Francia, aseguraba que había introducido en la Real Fuerza hasta mil quinientos quintales de bizcocho, además de pólvora, y había logrado montar doce cañones, además de los diez que ya lo estaban al llegar él. Quedaban, pues, todos los demás

«inútiles por no estar montados, y que las demás prevenciones son muy cortas, pues para doscientos cincuenta soldados que tiene de dotación hay sólo ciento, desnudos y pidiendo limosna por falta de asistencias, pues se les deben más de cuarenta mil escudos».

Tampoco de Valencia habían llegado los soldados prometidos por falta de dinero. El Consejo de Guerra agradeció los desvelos y demandó urgentes asistencias para la guarnición de Ibiza⁵⁵.

Cuando se incorporó al gobierno de Ibiza a fines de 1684, Juan Bayarte se encontró con una guarnición de apenas 167 soldados —y otros 2.666 hombres de las milicias—, que no cobraban de manera regular en los últimos cinco años. Con el dinero de la bula de la Santa Cruzada, apenas mil libras ibicencas de vellón al año (1.300 reales), Bayarte siguió con el montaje de la artillería, que ya alcanzaba a veintisiete cañones, la mitad del parque artillero, prevención obligatoria tras aparecer aquellos días trece navíos de Francia ante las costas de Formentera. Pocos meses más tarde volvía a insistir el gobernador Bayarte con relación a la situación horrorosa de la guarnición, con unos soldados portadores de unos uniformes «lastimosos e indecentes», no causando

«admiración que sea assí considerando que ha tantos años que no se les assiste con socorros, ni siquiera con la miserable ración de vizcocho que [se da] a un forçado de galera. El país no da de sí para su menor alivio, ni con un jornal aunque se apliquen a viles exerciçios, ni con limosna aunque la mendiguen. El trabajo del servicio ordinario es grande por ser poca la gente y porque son muchos los puestos y algunos se han de dexar de guarnecer aún con centinelas çencillas, y por ello no se puede tener abierta sino una puerta, de que resulta mucha incomodidad al pueblo para sus haciendas de la campaña, y cada día se desminuye el número de los soldados con las continuas enfermedades que les causa la suma necesidad que padecen»⁵⁶.

⁵⁴ ACA, CA, leg. 1.038, consultas del C.A., 16-III, 27-VI y 12-VII-1684. AGS, GA, leg. 2.612, consulta del C.G., 27-III-1684. AGS, GA, leg. 2.613, consultas del C.G., 5-XII-1683 y 31-I-1684.

⁵⁵ AGS, GA, leg. 2.610, consulta del C.G., 25-VIII-1684.

⁵⁶ ACA, CA, leg. 1.038, cartas del gobernador de Ibiza, J. Bayarte, al C.A., 4 y 20-XI-1684. ACA, CA, leg. 1.038, gobernador de Ibiza al presidente del C.A., 5-II-1685; consultas del C.A., 23-II y 6-III-1685.

Efectivamente, el corto número de soldados efectivos le obligaba a dejar parte de la muralla sin vigilancia⁵⁷, aunque los pocos aptos que había, apenas veintiséis hombres, hacían guardias cinco días seguidos sin estar bien vestidos para aguantar las inclemencias del tiempo; pero, a pesar de todo, desistió de pedir a los jurados que le enviasen naturales para cubrir el servicio para evitar males mayores, toda vez que dichos jurados insistían en que el rey no remitiese más soldados a Ibiza por falta de mantenimientos. El gobernador era reacto a castigar a sus soldados porque los delitos que realizaban los cometían en el «extremo de no dexarse morir [de hambre]». Por ello, las murallas se hallaban sin vigilancia, como se ha señalado, al estar una parte en los hospitales y otros

«presos, retraídos en las iglesias, fugitivos y escondidos por la isla y maltratados de los paisanos por defender lo que les [h]urtan de sus haciendas y el pueblo muy molestado, los soldados mal vistos, mal tratados y pereciendo...».

Toda la guarnición quedó compungida cuando a fines de 1685 llegó un nuevo veedor sin ningún consuelo monetario para ellos. Ya no confiaban en nada ni en nadie. El Consejo de Aragón, impotente, clamaba por esta situación⁵⁸.

Sólo en 1687 arribó a Ibiza el ingeniero del ejército de Cataluña José Castellón⁵⁹, siguiendo órdenes del rey, para reconocer el estado de las defensas de la Real Fuerza. Decía Castellón que en primer lugar se debían mejorar los parapetos (de hecho reconstruirlos) para que la artillería realizase correctamente su función en los baluartes de la plaza, que tenían unas golas muy estrechas. Por otro lado, prácticamente en todo el circuito de las murallas había que reforzar, haciéndolos más poderosos, los parapetos (más altos y gruesos) para asegurarse que los disparos realizados en caso de desembarco del enemigo no les causasen tanto daño. Creía Castellón que el coste de aquellas obras sería poco, recomendando acometerlas cuanto antes. Tras considerar que un hipotético ataque del enemigo se lanzaría hacia la cortina entre los baluartes de San Pedro y San Juan, por la comodidad del lugar para fortificarse (con tierra fácil de mover y material para hacer fajina), por ello pensó que se podría abrir allá un foso de sesenta pies de ancho y doce de hondo, con su estrada cubierta, parapeto y estacada, además de un revellín en medio de dicha cortina de treinta pies de alto; sólo de esta

⁵⁷ Juan Bayarte reclamó en diversas ocasiones el envío de los trescientos hombres necesarios para la defensa de Ibiza desde Mallorca, sobre todo cuando ni siquiera podía asegurar una guardia adecuada de las murallas. ANC, sección Casteldosrius, caja 84, 1241.15.75, virrey de Mallorca al *Consell General* de Mallorca, 3-VIII-1684.

⁵⁸ ACA, CA, leg. 1.039, gobernador al C.A., 3-VI-1685; gobernador al rey, 27-V-1685. ACA, CA, leg. 1.038, consulta del C.A., 30-VII y 16-XI-1685.

⁵⁹ En el verano de 1686 se le pidió al virrey de Cataluña, marqués de Leganés, que enviase a reconocer las fortificaciones de Ibiza al ingeniero J. Castellón, remitiéndole ciento veinticinco doblones para dicho servicio. AGS, GA, leg. 2.685, consulta del C.G., 26-VI-1686 y leg. 2.686, consulta del C.G., 15-VII-1686.

forma, a su parecer, se protegería mejor el Portal Nou. Advirtiendo el auge del barrio de la Marina, y teniendo en cuenta la consideración que

«su mayor defensa [de Ibiza] consiste en el número y fuerza de sus vecinos... parece que lo más conveniente será el ceñir el dicho arrabal con un recinto que llegue a la Marina en forma de una obra coronada levantándose una muralla de mediana resistencia...».

En caso de perderse el arrabal, obviamente la Real Fuerza seguiría intacta. Pero a Castellón le asombró que, siendo esencial impedir un desembarco,

«(...)no ha podido dejar de causarme admiración y desconsuelo el haber visto que el puerto de San Antón que mira a la costa de España, llamado con justa razón puerto Magno, siendo por su comodidad y capacidad uno de los más conspicuos de todo el Mediterráneo queda sin el menor abrigo expuesto al total albedrío de enemigos e infieles, no atreviéndose embarcación alguna a guarecerse en él por no haber quien lo defienda(...).»;

por ello, Castellón defendió la construcción de una torre capaz para diez o doce piezas

«(...) con su guarda infante, troneras y cataractas... la qual se podrá situar en la punta que comúnmente se llama de las Bariadas que se ha hallado ser el paraje más propio y acomodado para la defensa del dicho puerto, siendo poco menos que a la entrada del y opuesto a las islas llamadas las Conilleras, que es el puesto en que se cubren los piratas y corsarios (...)».

Castellón evaluaba el coste de la obra en dieciséis mil reales. Asimismo, atendiendo a las cualidades del territorio de Santa Eulària, los molinos y el río, proponía Castellón que se fabricase otra torre con capacidad para diez piezas y con un coste similar al del proyecto citado, que se debería construir antes. El marqués de Conflans vio el informe a instancias del Consejo de Guerra un año más tarde, cuando un nuevo conflicto estaba a punto de estallar, y recomendó que, por falta de dinero, sólo se hiciesen las obras defensivas de la Real Fuerza y el arrabal de la Marina⁶⁰.

LAS BALEARES, ¿UNA BASE DE FRANCIA?

La armada de Luís XIV se iba a mover por las aguas de las Baleares como si de una base propia se tratase. Como ya hemos comentado en otro trabajo⁶¹,

⁶⁰ AGS, GA, leg. 2.784, informe del ingeniero J. Castellón, Ibiza, 30-VI-1687; informe del marqués de Conflans, 26-V-1688; borradores de consultas del C.G., 26 y 31-V-1688.

⁶¹ ESPINO, A.: «Ibiza durante el reinado de Felipe IV, 1621-1665. Entre la problemática defensiva y la supervivencia», en *Cuadernos de Historia Moderna* (Madrid) 31 (2006) pp. 91-115.

desde 1635, pero especialmente en 1665, la armada de Francia frecuentó las aguas de Ibiza. Ese último año, en un momento dado, hasta dos mil hombres desembarcaron en la mayor de la Pitiusas. La situación fue muy tensa y el gobernador de la isla, Isidoro Sanz, comentaba cómo

«Los desacatos y descomedimientos que han ejecutado en la isla pasé en silencio, por ser casi inauditos, y sin rebozo alguno han insinuado y declarado que presto han de tener por Francia la Isla de Iviza para el hazerse Señores del mar Mediterráneo y entrar con numeroso exércitos a España, con que cada día crecen los temores de la Real Plaza y Ciudadanos, particularmente que algunos con mucha dulzura de palabras instaron mucho que les dejasen entrar para reconocer el estado de la plaza, y dieron a entender el sentimiento de no haberla visto con palabras ásperas, que eran presagios de su supuesta intención».

En definitiva, ante la posibilidad de apoderarse el enemigo de Ibiza, o en su defecto de Formentera, donde se podrían mantener mucho tiempo por no carecer de agua, leña y caza, demandó Isidoro Sanz medios de guerra para la isla.

El Consejo de Aragón, reunido los días 20 y 24 de octubre de 1665, estuvo de acuerdo en la gravedad de lo explicado, de manera que se podía esperar cualquier cosa dados los designios de los franceses, cuando habían incluso medido a palmos la muralla,

«y aunque no han entrado dentro, en otra ocasión miraron los baluartes y artillería y saben todos los secretos, que siendo esto así y sabiéndose que el rey de Francia quiere ser tutor del Rey Nuestro Señor... y que dicen que desea mucho tomar aquella plaza porque le es muy importante para sus designios y por agradecerles mucho el país, quien dudara que a[h]ora que se han ido harán las prevenciones para invadirla y que volverán tan presto como pudieren»⁶².

El peligro, pues, era evidente para todas las Baleares, especialmente al estallar la guerra de Devolución en 1667. La proverbial falta de poder de la marina de guerra hispana, absolutamente diezmada, hacía que el peligro fuese enorme durante los años del reinado de Carlos II⁶³. El Consejo de Guerra dictaminó

⁶² ACA, CA, leg. 1.037, gobernador de Ibiza al rey, 12-14-IX-1665; virrey de Cataluña al vice-canciller de Aragón, 30-IX-1665; consultas del C.A., 20-24-X-1665; jurados de Ibiza a Mariana de Austria, 28-X-1665; gobernador al rey, 25-X-1665; consulta del Consejo de Guerra, 30-X-1665; memorial de Isidoro Sanz a la reina gobernadora, 3-XI-1665; consulta del C.A., 5-XI-1665; gobernador de Ibiza a Mariana de Austria, 13-I-1666; virrey de Cataluña a la reina gobernadora, 20-II-1666.

⁶³ ESPINO, A.: «La presión de la armada...». FERNÁNDEZ DURO, C.: *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*, Tomo V, Madrid, 1973, pp. 227 y ss. BONNERY, M.: «Les opérations navales en Méditerranée (1672-1697): une lutte européenne au détriment de l'Espagne», en VV.AA.: *Entre Clío y Casandra. Poder y sociedad en la Monarquía Hispánica durante la Edad Moderna. Cuadernos del Seminario Floridablanca*, N° 6, Universidad de Murcia, Murcia, 2005, pp. 189-210.

que los puertos de las Baleares, y en especial Ibiza, Mahón y Ciudadela, debían estar lo mejor custodiados posible, teniéndose que presionar a los asentistas para que cumpliesen con las cantidades prometidas. El marqués de Montalbán, que también asistía a la Junta de Galeras, puso la nota negativa al asegurar que éstas no estaban preparadas para salir a campaña por falta de dinero y medios (chusma y armas), pero que defendía a ultranza el envío de todas las de la escuadra de España a las costas hispanas, si realmente no hacían falta en Italia, para protegerla de las galeras de Francia. En el Consejo se aseguró que cada año, de los fondos de la Santa Cruzada, se destinaban doscientos mil reales para armar las galeras, por lo que éstas deberían estar en mejor disposición para actuar. El marqués de Torcifal fue más allá al reclamar la necesidad de llegar a un acuerdo con Inglaterra para que una armada suya pasase a proteger el litoral del Mediterráneo hispano⁶⁴.

En realidad, la situación era muy preocupante en Ibiza pues, además de la armada de Francia, que se esperaba de un momento a otro desde su última aparición en 1665⁶⁵, lo cierto era que en los últimos tiempos muchas naves corsarias norteafricanas corrían aquellos mares sin oposición, siendo a menudo advertidas por los propios navíos franceses en tránsito por aquellas aguas sobre los bajajes que había en el puerto, que acto seguido eran perseguidos por los corsarios con harto dolor de los naturales, quienes veían su comercio destruido. Por ello, se demandaba la presencia de las galeras de España. Además, el gobernador Jerónimo García aprovechó para informar sobre las obras defensivas inacabadas:

«La fortificación de la marina que formó [el gobernador] Francisco Miguel trató de proseguir por ser lo más esencial para circuir el arrabal de ella y pasar la línea veinte y cinco pasos dentro del mar con un puente levadizo y una torre a su lado con garita para hacer guardia de noche se dará principio con toda brevedad...».

si bien los medios monetarios disponibles eran muy escasos. El Consejo contestó que se juntaban lo antes posible veinte mil reales para Ibiza, mientras que el marqués de Caracena propuso que las galeras de Génova y las tres de Cerdeña pasasen a guardar las Baleares de los corsarios norteafricanos, vigilando además las evoluciones de la armada de Francia, quedándose en Italia las galeras de Nápoles y Sicilia y las de España defendiendo la costa de Andalucía —pues había avisos de un posible ataque enemigo sobre Ayamonte. El mar-

⁶⁴ AGS, GA, leg. 2.134, consulta del C.G., 2-VI-1667.

⁶⁵ A fines de 1667 se avistaron trece velas de Francia en Formentera, de las cuales seis de guerra. El gobernador se quejaba de que todavía no le habían remitido las municiones demandadas a Cartagena ni los doscientos quintales de bizcochos solicitados al virrey de Mallorca para los almacenes de la Real Fuerza. ACA, CA, leg. 1.042, gobernador de Ibiza a Mariana de Austria, 2-I-1668.

qués de Mortara, en cambio, fue de la opinión que todas las galeras de Italia menos una fuesen a las costas hispanas recordando que

«estando amenazados todos los puertos y plazas marítimas por la gran armada de franceses, no queda otro recurso para socorrerlas que el de las galeras poniendo a V.M. presente lo que en Tarragona y en otras muchas partes obraron introduciendo socorros en la guerra pasada de Cataluña a vista de poderosas armadas pudiéndolo executar porque éramos superiores en galeras a los enemigos».

Aseguraba el marqués que

«en este género de embarcaciones una sola proa más es de grandísima ventaja y hallándose la francesa con 18 galeras a lo que se dice, tiene por preciso el marqués que las nuestras, si fuera posible, las excedan con que no podrán ni las otras competir ni las nuestras dexar de obrar lo que quisieren».

A pesar de que la mayor parte de los consejeros estuvieron con el parecer del marqués de Mortara, la reina gobernadora decidió que sólo las galeras de Génova pasarían a España, quedando las demás para guardar Italia⁶⁶.

En otra del mismo día, el gobernador J. García se excusaba por ser tan repetitivo en sus demandas de medios para la isla ante Carlos II, pero sólo de aquella manera podía asegurarse que se tomasen en serio sus cuitas, pues temía muy mucho la presencia de la armada de Francia «...a la vista de estos puertos, pues de tanto galantear la plaza los años pasados, se puede creer lo intenten». El Consejo de Guerra resolvió que el medio propuesto por el gobernador acerca de los trescientos hombres alternos de Mallorca y Valencia para la custodia de Ibiza debía plantearse ante el Consejo de Aragón por ser una solución muy aceptable, disponiéndose, si hiciera falta, que la Real Hacienda pagase el gasto consecuente con tal de

«asegurar una plaza tan buena y de tanta consecuencia, la qual necesitará precisamente del refuerzo que pide el gobernador siempre que no tuviéramos en aquellos mares número e galeras superior a las del enemigo, pues habiéndola parece que no puede padecer riesgo la isla»⁶⁷.

Desde 1673, la nueva guerra con Francia alertará al gobernador de Ibiza, F. Truiols, debiendo controlar éste especialmente el paso de la armada gala por aquellas aguas. Por ejemplo, el 20 de septiembre informaría al Consejo de Guerra F. Truiols de la llegada a Formentera de ocho bajeles de guerra france-

⁶⁶ AGS, GA, leg. 2.134, cartas del gobernador de Ibiza a Mariana de Austria, 19-V-1667; consulta del C.G., 4-VI-1667.

⁶⁷ AGS, GA, leg. 2.136, gobernador de Ibiza a Mariana de Austria, 30-VII-1667 y consulta del C.G., 29-VIII-1667.

ses que, poco después, pidieron bastimentos y entrar a puerto. Les dio de lo primero lo poco que pudo, porque hacía falta de todo en la isla, y no les dejó anorar porque venían de Argel. A los tres días se fueron, pero aparecieron al día siguiente con catorce velas más, sin saberse de dónde procedían estas últimas. En cualquier caso, la sensación de que se estaba a merced del contrario era intensa⁶⁸. Confirmada la guerra en enero de 1674, dos saetías de la isla zarparon al avistar otras dos que resultaron ser francesas, capturaron una, pero la otra se escapó tras defenderse; todo ello teniendo en cuenta que había tres navíos de Francia al sur de Formentera. Pensaba F. Truyols que si hubiese más gente en Ibiza, o se armasen más barcos desde Mallorca, se podría hacer mucho más daño al enemigo. Y probablemente era cierto. Ahora bien, un mayor acoso corsario desde Ibiza, o desde Mallorca, también podría atraer mayor atención, aún, del enemigo⁶⁹.

En marzo se vieron hasta nueve barcos de guerra franceses en Formentera, cuatro de los cuales persiguieron a otro genovés que había cargado sal. Los navíos de guerra eran de sesenta y setenta piezas y se supo por el capitán genovés que los franceses aprestaban otros veinte navíos en Tolón y en Marsella hasta veinticinco galeras y tres galeotas. En abril fueron otros once los barcos de la misma bandera, a los que se unieron dos ingleses, todos de guerra, que se avistaron en Ibiza rumbo a Formentera, perdiéndose poco después en el horizonte. En junio, dos barcos, uno catalán y otro genovés, pudieron escapar del acoso de unos navíos franceses —cuarenta y cuatro— que navegaban cerca de Ibiza⁷⁰.

Jamás se podía bajar la guardia. Trató el Consejo de Guerra unas cartas del gobernador de Ibiza del 14 y 20 de octubre de 1675 en las que Truiols informaba de la arribada a aquellas aguas a causa de un temporal de hasta diecinueve embarcaciones de Francia, si bien partieron poco después, aunque tras una pequeña emboscada pudo hacerles tres prisioneros. La reina gobernadora dispuso que fuesen entregados, si era el caso, en intercambio de prisioneros. Por su parte, Truiols armó cuatro saetías con sesenta hombres cada una para vigilar mejor al enemigo, que se mantuvo en el islote de s'Espalmador, desembarcando poco después hasta quinientos hombres en Formentera⁷¹. Pero, en realidad, los intereses de Francia en el Mediterráneo se habían desplazado ya hacia Sicilia⁷².

⁶⁸ AGS, GA, leg. 2.286, consulta del Consejo de Guerra, 22-XI-1673.

⁶⁹ ACA, CA, leg. 1.034, gobernador Truiols a Mariana de Austria, 10-I-1674.

⁷⁰ ACA, CA, leg. 1.044, gobernador Truiols a Mariana de Austria, 10-I, 17-IV, 3-21-VI-1674. El gobernador aceleró los trabajos de recogida de granos para guardar la cosecha en la Real Fuerza, así como los ganados, dejando la milicia de la isla vigilante.

⁷¹ AGS, GA, leg. 2.325, consulta del C.G., 8-XI-1675. ACA, CA, leg. 1.040, consultas del C.A., 9-23-XI-1675.

⁷² Sobre la guerra de Mesina, RIBOT, L.A.: *La revuelta de Mesina, la guerra (1671-1674) y el poder hispánico en Sicilia*, Fundación J. March, nº 206, Madrid, 1983; *idem*: *La revuelta antiespañola de Mesina. Causas y antecedentes, 1591-1674*, Valladolid, 1982 y el definitivo *La Monarquía de España y la Guerra de Mesina (1674-1678)*, Madrid, 2002. Sobre la ayuda holandesa, véase HERRERO SÁNCHEZ,

Para 1676 la revuelta de Mesina —iniciada en junio de 1674— había degenerado en un frente más de la guerra de Holanda, con los franceses interviniendo en Sicilia desde septiembre de 1674, si bien la isla no se levantó en bloque contra la Monarquía Hispánica. Además de Mallorca, la isla de Cerdeña hubo también de movilizar tropas para la vecina Sicilia, demandando en febrero de 1676 Carlos II un mayor esfuerzo de guerra elevando las tropas pagadas por ambos reinos a mil setecientas plazas, si bien el Consejo de Aragón vio dicha petición como un imposible teniendo en cuenta la población reducida de ambas ínsulas⁷³. También se le pidió al virrey de Mallorca una leva de ciento cincuenta marineros para la Armada, pero no lo había conseguido

«porque no ha habido marinero que oyendo Mezina haya querido sentar plaza por mas ofertas que se le hayan hecho, escarmentados de la mucha gente que murió en los navíos de la esquadra de Mallorca que estuvo en aquellos mares»⁷⁴.

En concreto, Mallorca había participado con tres navíos dedicados al corso al bloqueo de Mesina en 1675, siendo batida la escuadra hispana por la francesa de Duquesne frente a la isla de Stromboli (11 de febrero de 1675). Asimismo, a fines de 1676 se demandará a Mallorca el concurso de cuatro o seis fragatas de corso para «...que corran las costas de España desde Gibraltar hasta Cataluña...», si bien el propio Consejo de Aragón no veía muy factible este servicio⁷⁵. Y aún en 1677 se pidió al virrey de Mallorca el envío de dos bergantines armados a Cataluña lo antes posible. Lo malo era que se informó poco antes de cómo cuatro navíos de guerra franceses estaban rondando aguas de Mallorca para atrapar a los que se quería aprestar allá⁷⁶.

PENURIA HISPANA Y ESPLENDOR FRANCÉS, 1679-1689

En 1681, las galeras de Francia, en número de diez, volvieron a la vista de Barcelona, donde habían presionado al final de la guerra de Holanda, en 1678, disputando con las galeras del duque de Tursis sobre los saludos que debían hacerse. El virrey de Cataluña, duque de Bournonville, permitió que con sus falúas hiciesen aguada e informó inmediatamente a su homólogo en el virreinato de Mallorca, ante las noticias de que los franceses se disponían a navegar hasta allá. Y, ciertamente, un día más tarde le llegó al virrey de Mallorca no

M.: *El acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)*, Madrid, 2000, pp. 377 y ss. Asimismo, BÉLY, L. : *Les relations internationales en Europe, XVIIe.-XVIIIe. siècles*, París, 1992, p. 259.

⁷³ ACA, CA, leg. 992, consulta del C.A., 11-II-1676.

⁷⁴ ACA, CA, leg. 992, vicescanciller del Consejo de Aragón al rey, 31-VII-1676.

⁷⁵ ACA, CA, leg. 72, consulta del C.A., 5-XI-1676. ACA, CA, leg. 197, reina gobernadora al vicescanciller del Consejo de Aragón, 31-X-1676.

⁷⁶ AGS, GA, leg. 2.347, consultas del C.G., 12 y 23-IV-1677.

sólo la carta de Barcelona, sino también aviso de las atalayas de vigilancia de la presencia de diez velas. El 31 de mayo se presentó en la bahía de Palma la flota de galeras de Francia y pidió permiso para desembarcar algunos oficiales, que debían aprovisionarse. El virrey, Manuel de Sentmenat, les dio facilidades para hacerlo en el número que quisieran y les permitió la compra de vituallas a precios moderados; ahora bien, en todo momento el virrey, aseguraba en su informe, quiso mostrar su confianza a los franceses y por ello ni siquiera puso reparos en que se guarecieran en Porto Pí, cuando en un primer intento los guardas que vigilaban la costa dieron la voz de alarma creyendo que iban a desembarcar. Una cierta tensión se creó cuando un forzado de las galeras de Francia, natural de Denia, Juan Grech, que fue liberado, les informó que en Marsella se aprestaban veintidós galeras y en Tolón lo hacían dieciséis navíos de guerra con intención de unirse todos e ir a las Baleares a pedir satisfacción por las presas realizadas por el corso mallorquín los años precedentes. El virrey no creyó estas informaciones, pero tampoco las dejó pasar sin más, procurando que los naturales no se enterasen de nada por «...la ojeriza que tienen a franceses», que podía llevarles a una mala acción. En todo caso, el virrey de Mallorca entendió ser aquella una buena oportunidad para demandar dos mil quintales de pólvora, quinientos caballos y seis mil arcabuces de munición con sus complementos y otras tantas espadas para asegurar la prevención del Reino⁷⁷. Dos años más tarde, la situación se repitió.

Efectivamente, en 1683 los movimientos de la armada francesa contra Argel inquietaban a su paso las costas hispanas en general y las mallorquinas en particular. Siguiendo las noticias que puntualmente enviaba el virrey de Cataluña al de Mallorca, éste señalaba cómo en puertos como el de Cadaqués se decía que pronto iban a llegar dieciséis galeras de Francia allá y se iban a juntar con navíos de su nacionalidad en Baleares para ir contra Argel. El día 22 de mayo apareció la armada de Francia con treinta velas, de ellas dieciséis galeras, frente a Barcelona, poniendo rumbo hacia Argel pasando por Ibiza, donde se unirían a los navíos de guerra que ya se hallaban en Formentera. También se decía que en Tolón hacían gran prevención de bombas, carcasas y granadas. Otros informes aseguraban que iban a pasar a Ibiza y Mallorca veinticuatro velas, pero de ellas sólo diez de guerra⁷⁸.

Poco después, don Manuel de Sentmenat informaba sobre cómo se había producido el ataque de la armada francesa contra Argel, quemando ésta tres navíos, dos galeotas nuevas y seis barcas, además de arruinar dos mil casas. En represalia, el cónsul de Francia fue atado a la boca de un cañón que fue disparado. Además, diez navíos de Francia estaban en Formentera llevando hasta

⁷⁷ ACA, CA, leg. 1.030, virrey Bournonville al virrey de Mallorca, 27-V-1681; virrey de Mallorca al rey, 4-VI-1681.

⁷⁸ ANC, sección Casteldosrius, caja 95, 1242.19.86, el duque de Bournonville al virrey de Mallorca, 3-22-V-1683 y 18-VI-1683.

quince mil balas para la armada que atacó Argel, así como otros pertrechos, mientras que dieciséis galeras de Francia tocaron puerto en Alcudía de retorno de Argel, donde estuvieron hasta el 1 de septiembre, siendo asistidas en lo que demandaron⁷⁹. Así, las Baleares más parecían unas bases de Francia⁸⁰ que no un territorio de la Monarquía Hispánica y había que convivir con dicha realidad. Una posibilidad que se indagó en 1685 —cuando además se sabía que una flota francesa se aprestaba en Tolón y Marsella contra Trípoli y Carlos II advirtió al virrey de Mallorca en el sentido de que «...si os atacan los franceses os defendáis y no hagáis hostilidad sino en el caso de ser invadido, observando puntualmente lo que está dispuesto por las pazes tocante al número de baxeles de la armada de Francia siempre que llegaren a ese puerto...»—, fue el ofrecimiento que el conde de Montenegro y de Montoro y otros armadores del reino de Mallorca le hicieron al monarca de armar tres barcos con cincuenta, cuarenta y treinta cañones respectivamente para poder defender el reino en caso de ataque del enemigo, pero deseaban 400.000 reales como ayuda de costa del dinero que se había obtenido de los judaizantes. El rey estuvo dispuesto a conceder poco menos de 294.000 reales, pero no hemos encontrado más noticias al respecto⁸¹. Por otro lado, y como decía el virrey de Cataluña, Bournonville, ante el anuncio de la guerra de Luxemburgo a fines de 1683: «...los mallorquines no dudo que se huelgarán de piratear un poco, y como les quedan embarcaciones a propósito para esto no dudo que bien sabrán aprovecharse...». La guerra siempre tiene dos caras⁸².

En Menorca, las terribles circunstancias defensivas, tanto de los hombres como de los medios disponibles, hacían que la situación fuese tan desesperada

⁷⁹ ANC, sección Castellldosrius, caja 83, 1241.15.36, virrey de Mallorca al rey, 7-11-VIII y 1-IX-1683.

⁸⁰ De hecho, en 1679 el ingeniero militar francés Charles Pène y el oficial de la marina Jacques de Cuers-Cogolin realizaron una misión secreta cartografiando la costa catalana y las islas Baleares. El resultado fue un *Recueil des cartes des costes de Catalogne et des isles de Majorque, Minorque et Yvice* depositado en la Biblioteca del Servicio Histórico de la Marina sita en el Château de Vincennes. En sus instrucciones, ambos cartógrafos recibieron la orden de tomar planos de «(...) los puertos, fondeaderos, ciudades y fortalezas de la costa (...) Observará exactamente los lugares dondes se podría obtener agua o madera para los navíos y las galeras de su Majestad y se fijará en el número de ellos que cada puerto podría contener (...)». Pène debería sondear las aguas para saber dónde estarían los barcos seguros e, incluso, allá donde podía ser más fácil realizar un desembarco. Por otro lado, también se debía indagar sobre las características ofensivas y defensivas de las plazas fuertes del territorio (en el Atlas aparecían Palma, Pollensa, Alcúdia, Andratx y el puerto de la isla Dragonera, así como Mahón, Ciudadela y la ciudad de Ibiza) siempre con el máximo secreto. No obstante, todo indica que los ingenieros franceses levantaron sus planos apenas sin poder desembarcar en tierra. Véase D'ORGEIX, Émilie: «Al servicio del rey. El espionaje francés de las plazas fuertes españolas en el siglo XVII», en CÁMARA, A. (coord.): *Los ingenieros militares de la Monarquía Hispánica en los siglos XVII y XVIII*, Madrid, 2005, pp. 96-111.

⁸¹ ANC, sección Castellldosrius, caja 94, 1242.19.37, Carlos II al virrey de Mallorca, 10-III-1685 y 7-VII-1685.

⁸² ANC, sección Castellldosrius, caja 95, 1242.19.86, el duque de Bournonville al marqués de Castellldosrius, 2-XII-1683.

que pudo llegar a tener consecuencias impensables *a priori*. En noviembre de 1680, el Consejo de Aragón trató una carta que don Diego Costa, abogado fiscal del rey en Mallorca, envió a don P. A. de Aragón, presidente del Consejo, en agosto de aquel año. Le daba cuenta de lo que le había comunicado personalmente el pagador del castillo de Mahón, quien señaló la extrema necesidad de los soldados de la fortificación y la imposibilidad de que fuesen socorridos por los propios medios de la isla. El tema se complicó cuando se presentaron ante aquella plaza dieciocho galeras de Francia, y

«(...) habiendo puesto fuego un soldado a la cuerda, porque se quemaron veinte y cinco quintales, deviéndose a la diligencia del castellano el que no llegase el fuego a la pólvora, el qual hizo ahorcar el soldado, librando a un mallorquín que lo descubrió, habiendo confesado en los tormentos lo havia hecho por negarle las puertas y faltarle los socorros (...)».

Concluía Costa la carta diciendo que el castellano, don Juan Garcés, se hallaba enfermo, que los soldados estaban malhumorados y hambrientos y en la isla no había trigo, de manera que tenía un síndico en Mallorca buscando dinero y un medio de transporte para ir a África a comprarlo. El Consejo pedía al rey hacer todo lo posible por mantener la gente de Mahón. Y en febrero de 1681, el gobernador interino de Menorca, capitán Francisco Net, informaba que los soldados de Ciudadela estaban, incluso, sin el pan de munición y todo perdido. La mejora, con todo, iba a ser difícil, pues Carlos II ordenó por entonces enviar del dinero de la Fortificación mallorquina ochenta mil reales a Cataluña para mejorar las fortificaciones de Puigcerdà, entregada derruida por los franceses tras firmarse la paz de Nimega en 1678⁸³.

Y la verdad es que cualquier ayuda era poca a tenor de las necesidades. Precisamente, en enero de 1681 escribía el castellano de Mahón en el sentido de que la guarnición, y toda la población, estaban en las últimas por falta de dinero y de granos (tampoco hubo buena cosecha el año previo), y no había posibilidad de comprar nada fuera

«pues en la isla están ya apurados los caudales por la falta de cosecha, habiendo vendido para la compra de granos hasta los sarçillos de las mujeres, yendo por las calles así soldados como paisanos desnudos y tan flacos que da horror ver tan rematadas las vidas(...)».

El Consejo de Guerra, en una consulta del mes de marzo de 1681, aseguraba que a Menorca entre 1678 y 1680 no había llegado caudal alguno y las co-

⁸³ Dicha noticia se infiere de una protesta formal de Gabriel Xambó al rey en el sentido de no haber cobrado el dinero adelantado para que el virrey de Cataluña, Bournonville, cobrase los ochenta mil reales procedentes de Menorca. ACA, CA, Registros, nº 287, Carlos II al virrey de Mallorca, 30-I-1686. Véase la orden original en ANC, sección Castellodorsius, caja 94, 1242.19.37, Carlos II al virrey de Mallorca, 31-I-1685.

sechas no habían sido buenas, de modo que sólo se esperaba que desde Hacienda se remitiese algo,

«pues entrando algún caudal en los presidios se remediará asimismo la de la isla, porque habiendo de comprar el soldado lo menesterozo a su alimento y vestuario se esparcirá el dinero por ella que será en el estado presente su único reparo».

El Consejo de Guerra lamentaba el estado de miseria de los presidios, pero poco más⁸⁴.

El caso es que desde el verano de 1682, Juan Bayarte, de nuevo gobernador de Menorca, tuvo mucho que temer, si bien en julio aseguraba que «La expedición de la armada de Francia cada día se me hace más dudosa porque para contra Argel tengo por flaca la prevención y por lenta la ejecución». Pero un navío de Francia tocó en Mahón con ánimos de comprar vituallas y por sus oficiales se supo que la intención iba a ser destruir las naves argelinas en el mismo puerto⁸⁵. Con todo, aquellos días escribió el virrey de Cataluña, duque de Bournonville, a su homónimo de Mallorca señalándole cómo se decía que había quince galeras de Francia en Marsella que pasarían a Cadaqués, de allí a Mallorca y desde allí a Argel, pero se esperaban otras quince más, doblando, pues, su potencia dicha armada. También habían llegado ecos de que los franceses estaban moviendo navíos en escuadras reducidas de cuatro, cinco y seis barcos con rumbo a Argel para no levantar sospechas. Poco después se apuntó que el almirante Duquesne había llegado a la Provenza con veinticinco navíos y pasarían todos, con las galeras, hacia Menorca y Mallorca. Por eso, Bournonville señaló al virrey mallorquín que «Sería buen que pasase luego a Menorca la [carta] adjunta para don Juan de Bayarte si así parece a V.S.I. para que no se descuide con las galeras y navíos»⁸⁶.

En septiembre, Bayarte le comunicaba al virrey de Mallorca, M. de Sentmenat, que, para no variar, no tenía noticias de las galeras de Francia, pues, de forma pesimista, aseguraba no saber nada de lo que pasaba a un tiro de mosquete de la isla que gobernaba. Con todo, y por ello, le pedía al virrey noticias sobre Italia con relación a la compra por parte de Francia de Casale —es decir, qué reacciones había habido en Saboya y en el Imperio— y también quería tener noticias sobre la relación del rey de Inglaterra con su Parlamento, «...porque según el pulso de estas dos partes se pueden conjeturar las intercadencias entre España y Francia». Y añadía en *post-scriptum*: «Este año es el silencio que [h]ay por acá de todo lo de afuera, sino es que por lejos o olvidados no nos dan voces, o no las oímos». Una falta de noticias que se veía afectada,

⁸⁴ AGS, GA, leg. 2.509, consulta del C.G., 24-IV-1681. AGS, GA, leg. 2.511, consulta del C.G., 3-III-1681.

⁸⁵ ANC, sección Castelladosrius, caja 94, 1242.19.46, Juan Bayarte al virrey Sentmenat, 12-VII-1682.

⁸⁶ ANC, sección Castelladosrius, caja 95, 1242.19.86, el duque de Bournonville al virrey Sentmenat, 16-19-27-VI-1682.

como estamos comprobando, por la continua llegada de efectivos de la armada de Francia: todavía en noviembre avisó Juan Bayarte de la llegada de cinco navíos de guerra franceses que venían de poniente de luchar contra los corsarios norteafricanos; por ello, ante el riesgo de contagio, no se les permitió desembarcar, pero sí se les enviaron los refrescos que pidieron⁸⁷.

En mayo de 1683, la situación se volvió de nuevo comprometida a causa, una vez más, de la armada francesa. Explicaba el gobernador al virrey de Mallorca cómo llegó a aquel puerto un gánguil francés, que se refugiaba de la persecución de dos saetías norteafricanas —luego resultaron ser dos saetías mallorquinas que volvían de Sicilia y que pensaron, a su vez, que el gánguil era de norteafricanos—, con despachos del embajador francés en la corte para el almirante de la armada francesa que, en aguas de Mahón, se decía que se juntaría para atacar Argel. Como siempre, todo eran recelos, pues los franceses ya tenían en Ibiza ocho navíos y esperaban cuarenta y dos más así como cuarenta galeras. Por otro lado, Bayarte confirmaba los avisos llegados de parte del cónsul de Holanda sobre la formación de las armadas francesas y de que los holandeses pensaban enviar veinticuatro bajeles al Mediterráneo, habiendo aparecido dos, de momento. Y por si fuera poco, Juan Bayarte se hallaba con reservas de pan de munición para sólo los tres días que le quedaban a aquel mes, demandando encarecidamente al virrey de Mallorca el envío de las treinta y cinco cuarteras de trigo mensuales que parecían ser la cantidad fijada para el sostén de la guarnición de Ciudadela. Acababa la carta con un típico, por lacónico, *post scriptum*: «Ilustrísimo Sr., por tener mucho que decir no sé como decirlo».

Por lo menos, la situación del suministro mejoraría algo poco después, cuando el duque de Bournonville envió desde Barcelona una pequeña porción de grano, con el cual, y lo recogido de la primera cosecha, señalaba Bayarte que iban tirando. A menudo se avistaban barcos en la isla: hacía poco trece bajeles y algunas, pocas, saetías. Juan Bayarte creía, no obstante, que todo acabaría en nada, como el año anterior, respecto al ataque francés contra Argel⁸⁸. La reacción de Bournonville se debió a su propia preocupación, y también la del Consejo de Guerra, por la desprevisión de las Baleares, con unas guarniciones, sobre todo Ibiza y Menorca, sin apenas medios, desnudos y muertos de hambre, cuando había circulado la noticia que dieciséis galeras de Francia irían hacia Cadaqués para luego correr la costa catalana y juntarse con sus navíos en Ibiza o Mahón. Carlos II, como tantas otras veces, pidió al Consejo de Hacienda que se enviasen recursos a las islas⁸⁹.

También a fines de mayo de 1683 volvía Juan Bayarte a reiterarle al virrey de Mallorca su parecer sobre cómo defender la isla en caso de ataque de la ar-

⁸⁷ ANC, sección Castellidosrius, caja 94, 1242.19.46, Juan Bayarte al virrey Sentmenat, 14-IX-1682 y 13-XI-1682.

⁸⁸ ANC, sección Castellidosrius, caja 94, 1242.19.46, Juan Bayarte al virrey de Mallorca, 28-29-V y 8-VI-1683.

⁸⁹ AGS, GA, leg. 2.580, consultas del C.G., 14-19-31-V-1683.

mada francesa. Si bien ya era mucho lo que le había escrito a él y a los Consejos, con todo insistía Bayarte en que

«Una fuerza suficiente para defender las plazas en caso de necesidad se puede tener prevenida con recato para usar de ella prontamente en el caso repentino que pudiese suceder, y a esta proposición se puede proceder con unos medios algo menores que los suficientes, y los que son bastantes para guardar las plazas en tiempos de paz no llegan nunca a ser suficientes para defenderlas en tiempos de guerra. Aquí nos hallamos (si viene la armada que se dice) en tiempos de paz no más de porque creemos que la guardarán los de quien podemos dudarle, y por eso mismo podemos considerarnos en tiempos de guerra, y esto en medio de unas guarniciones tenues y de no buena calidad, quebrantadas de el hambre y desnudez, cargadas de familias de los soldados, y ellas y ellos en trance de desesperación o último desconsuelo. Las plaças sin un grano de trigo, ni de donde ponerle, habiéndolas asistido yo como mejor he podido mientras ha habido con qué, viniendo dificultades con medios que podían acercarse a temerarios, pero agora casi toda la isla se sustenta con pan de cebada tostada al sol o al fuego y con menos abundancia de lo que es menester por ser tan tardía la cosecha este año. Todo esto inescusablemente han de ver y saber los extranjeros que llegaren a estos puertos, a quienes (aunque en los presidios se quiten las puertas a los soldados) no es posible que los de sus familias dexen de yrles a mendigar un puñado de mazamorra y en particular la gente del arrabal del castillo de San Felipe, que vive a su libertad y son familia de la propia guarnición... Vea V.I. si con lo referido fundo bien el juicio de que puede ser peligrosa la venida de la armada de Francia, y si será poco decoroso que vea el estado que no podemos ocultar (...)».

Juan Bayarte le reclamaba seiscientas cuarteras de grano para mantener las tropas y la propia población de Menorca, que se perdería antes de la llegada de la famosa armada. Y, como siempre, en *post-scriptum* añadía:

«Aseguro a V.I. que en presidios de esta suposición nunca he visto un todo tan imperfecto, y á casi cuarenta años que veo y miro con los ojos que se deben aplicar a estas cosas»⁹⁰.

En el verano de 1683, Juan Bayarte realizó un nuevo recorrido por la isla de su jurisdicción, si bien estuvo algunas jornadas enfermo. Con todo, en nueva carta al virrey de Mallorca se congratulaba que desde allá se le pudiera enviar algún dinero más para las fortificaciones menorquinas; también daba noticias sobre unas embarcaciones francesas, que habían tocado en Mahón, pero sin darles permiso para desembarcar por venir su armada de Argel. Los franceses habían informado de que la ciudad de Argel se hallaba desolada, pero Bayarte no era de los que se dejaban convencer tan fácilmente: «...siempre creeré que

⁹⁰ ANC, sección Castelladosrius, caja 94, 1242.19.46, Juan Bayarte al virrey Sentmenat, 29-V-1683.

en esto no [h]ay más efecto que ponderación y que el tiempo dará causas o pretextos para la retirada de la Armada [de Francia]»⁹¹. Por otro lado, por una carta posterior sabemos que desde la corte Juan Bayarte recibió una notificación real —del 15 de julio de aquel año—, donde se le informaba de que admitiese en los puertos de la isla a la armada gala sólo en el número máximo de barcos permitido por los tratados de paz vigentes, siendo el más favorable el firmado con Inglaterra en 1660, que permitía la entrada a la vez de entre seis y ocho navíos de guerra a un puerto, ello descontando los que por hallarse en mal estado pudieran también hacerlo. Como se sabía que los franceses operaban contra Argel, y lo iban a hacer con diversas escuadras por turnos, antes o después entrarían en la isla con sus navíos. Desde luego, el gobierno de Carlos II no quería, de momento, dar pábulo a Francia a ningún tipo de queja diplomática que pudiese acabar, como era propio de Luís XIV, en una guerra; también era cierto que atacando los franceses a los argelinos se eliminaba el potencial destructor de unos molestos vecinos. Pero, por otro lado, recordaba Juan Bayarte que no tenía constancia del número de galeras que podían entrar al mismo tiempo, si bien le constaba que el castellano de Sant Felip de Mahón permitió atracar en 1666 hasta once galeras y dos galeotas de Francia. El problema era grave por un asunto:

«(...) se deven considerar cosas que pertenecen a la circunspección y cauthela militar, pero como en el puerto de Mahón sean tan fáciles los desembarcos, con poca más diligencia que arrimar los costados a la orilla casi en la mayor parte de él, tanto de noche como de día sin que esto se pueda impedir sino con anticipada prevención continuada sobre los propios desembarcos, cosa dificultosa por ser ellos muchos (...)»⁹².

En el caso de Ibiza, fue el gobernador interino Félix Vegués quien más tuvo que bregar con la armada de Francia. En el verano de 1682 se presentaron en aquel puerto quince galeras y dieciocho navíos de Francia, y se esperaban veinte más. Con esta fuerza se atrevían a pedir vituallas, explicaba Vegués, cuando ellos apenas si tenían comida para veinte días (sólo quedaban cuarenta o cincuenta cuarteras de trigo), y el asiento de Francisco Montserrat de mil quinientas cuarteras de trigo no había sido enviado⁹³. Además, la armada francesa los importunaba siempre que llegaba a aquellas aguas exigiendo los saludos re-

⁹¹ ANC, sección Castellodrosius, caja 94, 1242.19.46, Juan Bayarte al virrey Sentmenat, 5-IX-1683.

⁹² ACA, CA, leg. 1.028, Juan Bayarte a Carlos II, 15-XII-1683. Con respecto a las órdenes sobre la entrada en puertos hispanos de bajeles extranjeros véase ACA, CA, leg. 557, consulta del C.A., 21-V-1666. AGS, Estado, leg. 2.684, consulta del C.E., 15-VI-1666. Ordenes similares para el castellano de Mahón en AGS, Estado, leg. 2.691, consulta del C.E., 5-IX-1670.

⁹³ El 28 de marzo de 1681 F. Montserrat firmó un asiento para los presidios de la corona de Aragón de los que 240.000 reales correspondían a Ibiza y 300.000 a Mahón. AGS, Contaduría del Sueldo, 2ª época, leg. 353-2.

glamentarios que, según el gobernador, se habían hecho⁹⁴. Todo el papeleo se debió a la protesta del embajador de Francia, quien aseguraba que no se había permitido a su armada hacer aguada ni comprar medicinas, extremo negado por el gobernador Vegués, quien señalaba que los naturales

«(...) por el interés de un real de a ocho b[i]en dejan quanto tienen, como lo hazían ocultamente. Y que el agua la pueden tomar quantas embarcaciones llegan en el quarteron de Santa Eulalia de un río que vaja a la mar (...)»⁹⁵.

Una información ésta última que parece contradecir el parecer de los jurados ibicencos, cuando solicitaron a Carlos II que sus gobernadores no sólo vigilaran la extracción de vituallas de la isla, sino que no concedieran permiso alguno, ni de palabra ni por escrito, para poder hacerlo. Los jurados pensaban que cuando se vigilasen los barcos por motivos de sanidad se podía aprovechar para cerciorarse que no se sacarían bastimentos de la isla⁹⁶.

Mientras, la gran noticia en 1683 eran los preparativos que hacían los franceses en Tolón y Marsella contra Génova y, también, contra Argel, pues el gobernador F. Vegués informaba que había llegado una saetía de dicha nacionalidad al puerto de Ibiza con bastimentos para una flota compuesta por veinte navíos y dieciocho galeras, una armada que, como era habitual, molestaba a los naturales demandado vituallas, siempre muy escasas. El Consejo de Guerra aseguraba que se remitirían medios de guerra a Ibiza para asegurar la plaza, «antes que noticiosos franceses de su desprevención las ocupen por lo apetecidas que han sido siempre sus puertos de dicha nación, que son la llave y custodia de Italia». Pero poco o nada se hizo al respecto⁹⁷.

Una vez iniciada la guerra de Luxemburgo, en el verano de 1684, Juan Bayarte necesitaba nuevas noticias sobre la armada francesa, sobre todo si tenía intenciones de atacar la costa catalana, dado que la armada de Luís XIV que había ido a expugnar Génova, compuesta por diecisiete navíos y veinte galeras, además de otros siete bajeles y diez galeras que se les añadieron, ahora podía atacarles a ellos o a la misma Barcelona. De cualquier forma, la reclamación principal del gobernador de Menorca era que en caso de llegar la armada francesa necesitaría de trescientos a cuatrocientos hombres de calidad, y sabía perfectamente que desde Mallorca pondrían todas las pegas del mundo para no tener que hacerlo⁹⁸.

⁹⁴ ACA, CA, leg. 200, copia de consulta del C.A., 6-X-1682.

⁹⁵ ACA, CA, leg. 201, consulta del C.A., 19-XII-1682.

⁹⁶ ACA, CA, leg. 1.044, jurados de Ibiza al rey, 12-II-1683.

⁹⁷ ACA, CA, leg. 566, gobernador de Alicante al virrey de Valencia, 16-V-1683. ACA, CA, leg. 1.044, gobernador Vegués al rey, 24-V-1683. AGS, GA, leg. 2.582, consulta del C.G., 23-VI-1683.

⁹⁸ ANC, sección Castellidosrius, caja 94, 1242.19.46, Juan Bayarte al virrey Sentmenat, 27-VI-1684.

De hecho, aquel mes de junio de 1684 se dieron órdenes para prevenir todas las fortificaciones de la costa mediterránea cuando se supo que la armada francesa comenzaba a operar en el Golfo de Rosas. También se dieron órdenes para que las galeras de España, que se hallaban en Cartagena, pasasen a Cataluña, pero esperando antes a las de Cerdeña, al tiempo que se reforzaban sus dotaciones de remeros. Asimismo, se previno a todas las ciudades portuarias de la corona de Aragón para que pudiesen atajar los daños que podía infligir la flota francesa, poniendo como ejemplo el bombardeo de Génova⁹⁹.

El virrey de Mallorca decidió, ante la continua presencia de efectivos franceses en Formentera, deshabitada por entonces, enviar a Ibiza al ayudante Juan B. Sastre para que le informase directamente de lo que aconteciese. Sobre todo se le encargó que informase del tiempo que llevaban costeando la isla de Ibiza ocho navíos de Francia, que se hallaban en Formentera, y si habían hecho alguna operación, «...como si en ella han levantado alguna fortificación y la calidad de ella...». Debía intentar saber dónde se hallaban, cuántos hombres traían y si alguien de la isla les había suministrado algo o había parlamentado con ellos.

«También se informará si en Ibiza [h]ay algunas personas que se hallen indiciadas de poco afecto al Rey Nuestro Señor y en este caso podrá pasar a hacer averiguación secreta de los pasos que éstas hubieren andado, y si se podrá descubrir alguna inteligencia con Franceses».

Asimismo debía averiguar la pericia militar del gobernador Vegués en cuanto a sus órdenes con respecto a la armada francesa, si había escrito a Madrid y sus disposiciones defensivas, pero también cuál era el estado real de la guarnición, número de hombres, calidad, sus armas, la artillería existente, bastimentos, así como el cuidado en proteger y vigilar las puertas de día y de noche¹⁰⁰. Toda una información que denotaba el interés por conocer la valía de Félix Vegués o, quizá, más bien lo contrario, pues se trataba de dotarse de argumentos para obtener el puesto de gobernador de Ibiza, así lo creemos, al menos, para don Juan Bayarte, amigo personal de don Manuel de Sentmenat. Por otro lado, el peligro de que Francia se apoderase de Ibiza, o Formentera, parecía bien real.

El caso es que Juan Bayarte acabó siendo nombrado gobernador de Ibiza, y en junio de 1686 avisaba de la recalada en la isla de una armada de Francia con catorce navíos, cinco bajeles de hacer fuego, tres fragatas que portaban dos morteros cada una —también las llama baterías flotantes— del nuevo estilo de bombardeo del que seguidamente trataremos, dos navíos de almacén y un navío hospital. Por la noche se situaron en el paraje llamado de la Estancia, un pequeño islote entre Ibiza y Formentera, y a la mañana siguiente un enviado

⁹⁹ ACA, CA, leg. 570, Carlos II a Pedro A. de Aragón, 19-20-VI-1684; secretario el C.A. al virrey de Valencia, 26-VI-1684. Sobre el bombardeo de Génova, PETER, J.: *Les artilleurs*, pp. 97-102.

¹⁰⁰ ANC, sección Casteldosrius, caja 122, 1261.1.62, «Instrucciones de lo que debe obrar el ayudante Juan B. Sastre en la isla de Ibiza», virrey de Mallorca, 6-IV-1684.

del almirante galo pidió permiso para hacer aguada en Santa Eulàlia, hacer acopio de leña en Formentera y comprar algunos refrescos. Bayarte fue cortés con ellos porque quería información:

«(...) donde más se extendió el discurso fue sobre el uso y operaciones de sus bombas y carcaxes (morteros) en que sin afectación los conduje a otorgar que eran máquinas más ponderadas de lo que debían ser temidas, y vino bien el decir que esta plaza se comprendía entra las que les era favorable el haber pocos edificios, porque el despueblo, ruyna y tantos espacios todo esto se descubre del mar por la situación del pueblo en la pendiente de una colina, aunque sucedía por las pocas facultades de los vecinos y por el contagio de años pasados, que tanto obligaba a guardarse de otros, con estas ruynas quedaba poca materia para los incendios.

Pasaron de aquí a referir otra máquina que se trataba [de] ejecutar en Francia para arruynar murallas y baluartes. En sustancia serían unas bombas de cinco o seis quintales de peso el qual, y la distancia de su cayda, las hacía penetrar muchas varas en las superficies altas de los terraplenos y baluartes: respondí que la novedad y curiosidad de su nación no me dejaba que dudar en la propuesta, porque sus ingenios y práctica militar [h]allarían presto inútil y vana la invención, o habían de buscar ángeles para acertar la operación en espacio de tan poca superficie, aunque se intentase en los de los baluartes (...)».

La armada partió el 28 de junio en dirección, según le dijeron, a Argel, considerando Juan Bayarte que llevaban pocas tropas como para que el virrey de Mallorca estuviese preocupado por su paso¹⁰¹. Con todo, aquella visita le hizo escribir a la corte, a mediados de julio, lamentándose de la falta de soldados que tenía cuando aquellos meses habían vivido con «los recelos de la armada de Francia». Aseguraba Bayarte tener que usar a la gente del país para centinelas en los almacenes, puertas y baluartes, rondas y patrullas, con sólo un ayudante y un sargento mayor, que además estaba impedido, y con pocos artilleros e inhábiles, de modo que poco podría hacer en caso de apuro; además, la artillería estaba sin apenas fuegos artificiales y algunas otras municiones ordinarias. Lo único seguro era «el mal suceso si franceses hubiesen acometido la plaça». Demandó una vez más la presencia de un ingeniero para dar su parecer sobre las fortificaciones y dinero y asiento de granos para la gente. El Consejo de Guerra, de manera lacónica, solicitó un centenar de hombres del ejército de Cataluña para Ibiza, y otros tantos para Mahón¹⁰².

Durante buena parte de 1687 y 1688 Juan Bayarte se encontró fuera de Ibiza con permiso curativo. Su hijo, Pedro Bayarte y Bardají, se hizo cargo de forma interina del gobierno de la isla. Aquellos meses de gobierno iban a estar muy marcados por la presencia de la armada de Francia en aguas pitiusas. El 16 de agosto de 1687 arribó a Ibiza un Real Despacho de Carlos II en el que éste

¹⁰¹ ANC, sección Castellidosrius, caja 94, 1242.19.46, Juan Bayarte al virrey de Mallorca, 30-VI-1686. Idéntico informe en AGS, GA, leg. 2.686, consulta del C.G., 24-VII-1686.

¹⁰² AGS, GA, leg. 2.688, consulta del C.G., 16-X-1686.

le ordenaba a Pedro Bayarte que tuviese totalmente prevenida la Real Fuerza ante la declaración de guerra realizada por el monarca galo a los corsarios del norte de África, ya que se podía recelar que se presentase por aquellas aguas la armada de Francia. Pedro Bayarte se sinceró con el virrey de Mallorca: no se podía prevenir nada porque la falta era total de todo: hombres, dinero y municiones, como tantas veces había escrito su padre. Lo cual era estrictamente cierto¹⁰³.

Don Juan Bayarte escribió también desde Valencia al protonotario del Consejo de Aragón dándole noticias enviadas por su hijo desde Ibiza el día 26 de agosto, señalando cómo el día 9 del mismo mes había llegado el duque de Montemart con nueve bajeles de guerra de camino a Argel, cuando un barco inglés buscó refugio bajo los cañones de la Real Fuerza asegurando que lo querían prender; Pedro Bayarte cedió a los franceses algún refresco, pero les aseguró que no podían tomar la presa dentro del puerto pues iba contra los tratados de paz y en caso de hacerlo usaría de su artillería. Luego consiguió que ambas partes llegaran a un acuerdo y salieron juntos de la isla. Juan Bayarte buscaba el ascenso para su hijo y lo iba consiguiendo con informes como este, señalando el rey: «Apruébese la buena forma con que obró»¹⁰⁴.

A inicios de 1688 avisaba Pedro Bayarte de cómo estaba aprestándose la armada gala a toda prisa en Tolón, procurando que en las lanchas de los navíos, según noticias, se pudiesen montar trabucos para arrojar bombas igual como se hacía habitualmente con las galeotas, lo cual indicaba, así como sus provisiones de material ígneo, que estaban preparando algo importante (un ataque a los corsarios africanos, en realidad). Y en junio le explicaba al rey que habían llegado a Formentera, al paraje de la Estancia —se trataba de la isla de s'Espalmador—, tres navíos de guerra franceses al mando del almirante Tourville presentando un aspecto lamentable, explicando que se habían batido con dos naves argelinas de cincuenta cañones. Pero poco después llegó un barco de Alicante e informó que los navíos franceses se habían enfrentado a los del almirante Papachino por una cuestión del protocolo en los saludos en alta mar, diciéndose que éste último había salido descalabrado¹⁰⁵. El gobernador Pedro Bayarte aseguraba que los franceses también lo estaban y que les permitió hacer aguada en Santa Eulària, sobre todo tras saber que esperaban reunir hasta veinte navíos, ocho galeras y diez galeotas cada una con dos trabucos y ocho mil bombas de quinientas libras para arrasar Argel si no les entregaban los franceses cautivos¹⁰⁶. Tales noticias se fueron confirmando días más tarde

¹⁰³ ANC, sección Casteldosrius, caja 94, 1242.19.46, Juan Bayarte al virrey de Mallorca, 28-VIII-1687; Pedro Bayarte al virrey de Mallorca, 19-VII y 21-IX-1687.

¹⁰⁴ ACA, CA, leg. 1.040, consulta del C.A., 8-IX-1687.

¹⁰⁵ Al respecto, ZELLER, G.: «La diplomacia y la política exterior francesas en su marco europeo», en VV.AA.: *Historia del Mundo Moderno*, vol. V, *La supremacía de Francia 1648/59-1688*, Barcelona, 1971, pp. 148 y ss.

¹⁰⁶ AGS, Estado, leg. 4.136, gobernador interino P. Bayarte al rey, 11-VI-1688. ACA, CA, leg. 1.040, Pedro Bayarte al rey, 11-VI-1688.

cuando —aprovechando para decir P. Bayarte que no había llegado ningún grano, ni dinero de Mallorca para las tropas, no quedando sino seiscientas cuarteras de trigo en toda la isla— también informó mejor sobre la armada francesa que se formaba contra Argel: llegaron dieciséis navíos de guerra, cuatro de fuego, ocho galeras y diez balandras con veinte mil bombas preparadas —cinco mil quinientas de quinientas libras, cinco mil más de trescientas libras y el resto de ciento cincuenta libras. P. Bayarte avisaba cómo Luís XIV había dado

«(...) órdenes de arrasar Argel si no se les entregan todos los cristianos, que habiendo entendido que los moros han resuelto por cada bomba que les echen poner un cristiano francés en la boca de una cañón disparándole hacia ellos, [h]an determinado llevar hasta ochocientos moros, incluso once capitanes de los navíos que han apresado que es el número equivalente al que hay de franceses en Argel para responderles con tantos moros a la boca del cañón... bien que dudo que cristianos quisieran ejecutar tal barbaridad (...)».

El Consejo de Estado pidió prudencia si se hallaban aquellos barcos en Formentera y se vigilase que no se acercaran al puerto de Ibiza¹⁰⁷.

Para congraciarse con Pedro Bayarte y los ibicencos,

«Escribióme el mariscal que deseaba saber en qué estado se hallaba el sitio de Orán para socorrerle con su armada si fuese necesario por lo que anhela mantener la paz y alianza entre las dos coronas, respondíle dándole las gracias por su buen afecto y que entendía estaría socorrida ya aquella plaza y libre de todo su peligro por haber muchos días que no tenía noticias de lo contrario, ofreciéndole asistirle con recíproca voluntad con todo aquello que la cortedad de este país dé de sí (...)».

que no era mucho pues de trigo se hallaban los almacenes de la Real Fuerza sin un grano y sin bizcocho, ni tampoco había llegado el grano prometido de Lorca y de Alicante; en los graneros del común apenas quedaban sesenta cuarteras y

«(...) dinero [h]ay poquísimos por la poca cantidad que ha entrado este año en el nuevo impuesto [de la sal], de la qual la mayor parte se ha consumido ya en el socorro de los soldados y paga de los oficiales; de Mallorca no se me ha remitido dinero, antes bien se me dan muy pocas esperanzas con que me hallo más confuso que antes, viéndose con la carga de la gente que se ha añadido y con la falta de los bastimentos tan necesarios para su mantenimiento (...)».

El Consejo de Aragón demandó tales medios —especialmente, la dotación económica de las tropas—, y el rey aseguraba que se había dado providencia a todo¹⁰⁸.

El lunes y el martes, 19 y 20 de julio, llegaron de vuelta de Argel las galeras y los navíos de la armada de Francia fondeando como siempre en la Estan-

¹⁰⁷ AGS, Estado, leg. 4.136, consulta del C.E., 13-VII-1688.

¹⁰⁸ ACA, CA, leg. 1.040, Pedro Bayarte al rey, 18-VI-1688; consulta del C.A., 13-VII-1688.

cia. Le explicaron a Pedro Bayarte que el día 1 de julio empezaron a bombardear Argel lanzando unas trescientas bombas, pero que alterándose el mar lo dejaron hasta el día 5 en que continuaron lanzando unas mil cien bombas que acabaron de arrasarse la plaza. Pedro Bayarte aseguraba que los cañonazos se oyeron en Ibiza, distante sesenta leguas. Luego, una vez acabado el trabajo contra la ciudad atacaron las baterías de la misma y le dispararon a las tres galeras y cinco navíos que había en el puerto, hundiendo tres navíos y dañando bastante a los otros dos. Los argelinos pusieron en las bocas de los cañones hasta quince franceses prisioneros, de los de más alto nivel, para intentar evitar el cañoneo, sin resultados. Así, los franceses hicieron lo propio con veinte argelinos y turcos también del mayor rango que llevaban prisioneros con ellos, además, luego clavaron los cuerpos en unas tablas con su nombre y las echaron al mar para que la corriente las llevara hasta la orilla. Le aseguraban que los argelinos dispararon tres mil veces con sus piezas no causándoles apenas daños y por ello habían resuelto, una vez derruida la ciudad, edificar una nueva en el interior para evitar tales daños. También señalaban que cinco presos españoles habían huido a nado. Los franceses dejaron

«(...) en aquella bahía seis navíos para que esperen otros seis argelinos que están en el océano haciendo el corso y que así mismo han de aguardar otros ocho de su nación para que juntos corseen hasta el año que viene que entienden que volverá la armada a ejecutar nuevas hostilidades si no se concluye la paz».

Por otro lado, señalaba Bayarte Bardají que el gobernador de Marsella, que comandaba una galera, le aseguró que todo el daño causado lo fue con las bombas y no con la artillería de la armada, una información que seguro que interesó mucho al gobernador¹⁰⁹.

Con todo, la presencia de la armada francesa en aguas pitiusas tuvo un aspecto positivo. Tras incorporarse de nuevo al gobierno de Ibiza, Juan Bayarte estuvo contento de poder explicar al Consejo de Estado cómo su hijo había tratado con los franceses sobre el enorme gasto que hacían de pólvora, explicándoles ellos que su rey tenía un solo proveedor de la misma para todo el consumo de los ejércitos y armadas de Francia, a un precio fijo y que nunca había problemas de suministro. J. Bayarte envió dicha información al Consejo de Estado para que éste tomase nota y, de hecho, el Consejo pidió al embajador en Francia y al gobernador de Flandes sobre dicho negocio por si se podía aplicar en la Monarquía Hispánica. Y en diciembre los consejeros de Estado se refirieron a las noticias enviadas por Juan Bayarte sobre el tipo de bombas que los franceses habían arrojado desde el mar sobre Argel, así como el tipo de tartana que usaban para hacerlo, para intentar copiarlas. El Consejo ponderó el esfuer-

¹⁰⁹ ACA, CA, leg. 1.040, Pedro Bayarte al rey, 21-VII-1688. AGS, Estado, leg. 4.136, consulta del C.E., 5-VIII-1688.

zo de J. Bayarte, diciendo «que este sujeto no dexa de tener bastante conocimiento de estas cosas». Pedían, en definitiva, que pasara dicha información al de Guerra para ver qué se podía hacer. Pero, ¿se atendería aquella nueva proposición?¹¹⁰

En realidad, el informe enviado por Pedro Bayarte es de una enorme trascendencia —y Juan Bayarte supo verlo— porque puede ser el primer informe hispano sobre el funcionamiento efectivo de la *galiote à bombes* inventada por Bernard Renal d'Eliçagaray; se trataba de un embarcación de unos veinticinco metros de eslora por ocho de manga que permitía montar un mortero, de tiro parabólico, que podía lanzar proyectiles a tres kilómetros de distancia. Lo trascendental, quizá, es que dichos proyectiles ya no eran balas macizas, sino bombas explosivas e incendiarias que buscaban la destrucción de los núcleos urbanos más que las murallas o las baterías¹¹¹. Con todo, creemos que la información también estuvo en poder del duque de Bournonville en 1684, cuando explicando cómo el día 14 de agosto ancoró ante Barcelona la armada de Francia con veintiún navíos de guerra, treinta galeras y nueve embarcaciones menores, señaló: «...pero no sé si entre ellos están los pontones y embarcaciones propias para los trabucos...»¹¹².

Por aquellos días también envió Juan Bayarte un memorial al Consejo de Guerra en el que recordaba el extraordinario papel que podían jugar las islas del Mediterráneo, y en especial Ibiza, en el control hispano del Mediterráneo Occidental, sin entender los pocos barcos hispanos que aparecían por sus puertos, dado que los había

«(...) buenos y capaces y muchas más comodidades y abrigos en esta isla y en mucha cercanía suya que en Menorca, para todo género de embarcaciones y mucho número de ellas... pero no debo omitir el reparo que se me ha ofrecido por vista mía y nota de naturales de Ibiza, y es que de pocos años a esta parte frecuentan Naciones Extranjeras el paraje llamado la Estancia, entre Ibiza y la isla Formentera, muy cercano a ésta, capaz de numerosas armadas; y demás de las conveniencias de mantenerse allí en contratiempos gozan de otras muy importantes a la navegación, de todo lo cual es dueño quien lo quiere ocupar y cuando se quisiere».

¹¹⁰ AGS, Estado, leg. 4.136, consulta del C.E., 6-XI y 9-XII-1688.

¹¹¹ GARCÍA ESPUCHE, A.: *Barcelona entre dues guerres. Economia y vida quotidiana (1652-1714)*, Vic, 2005, pp. 148-149. PETER, J.: *Les artilleirs*, pp. 5-72. Juan Bayarte escribió un opúsculo al respecto donde informaba de esta novedad: *Al excelentísimo... D. Pedro Joseph de Silva, conde de Cifuentes..., el maestro de campo D. Juan de Bayarte calasanz y Ávalos, Capitán General de la isla de Ivica, dedica... las observaciones que por su orden ha hecho, concernientes a la moderna hostilidad de las bombas y carcaxes, y a su menos aprecio*, Valencia, 1687, 21 p., 4º. Este trabajo se hallaba en la Biblioteca Nacional (Madrid); hoy día se encuentra perdido el ejemplar de la citada biblioteca.

¹¹² ANC, sección Castellidosrius, caja 95, 1242.19.86, el duque de Bournonville al marqués de Castellidosrius, 15-VIII-1684.

Continuaba J. Bayarte señalando que desde Gibraltar y hasta la altura de Menorca, el único puerto hispano importante, además de Cartagena, era el de Ibiza, de modo que sorprendía la desprevisión defensiva en la que se hallaba, de suerte que podría caer con mucha facilidad en manos del enemigo que, sólo con la explotación de las salinas, ya haría un buen negocio. Por otro lado, si además se construían algunas defensas en el puerto de Sant Antoni de Portmany, «...con gran dificultad y duda se podría recuperar tal pérdida». Bayarte quería aprovechar el poder tratar personalmente con algún ministro designado al efecto para discutir sus planes para poder volver a salir de la isla a curarse de sus achaques, pero no iba a poder ser¹¹³. Juan Bayarte moriría en Ibiza el 12 de febrero de 1689 y con él desaparecía uno de los militares más capacitados de la penosa época de Carlos II.

CONCLUSIONES

Los años finales del reinado de Carlos II estuvieron marcados, además de por la presencia en el Mediterráneo de una armada aliada anglo-holandesa entre 1694 y 1696, por las acciones de la armada gala que se dedicó, más bien, a proveer a sus ejércitos conquistadores en Cataluña, con la toma de puertos como Rosas (1693) y Palamós (1694), a interrumpir el envío de refuerzos del Mediterráneo hispano hacia el Principado —de Gibraltar a Valencia y desde Italia (Nápoles, Sicilia y Cerdeña) hasta las Baleares—, amén de amedrentar ciudades como Málaga (1693), Barcelona (en 1691 y 1693, además de en 1697) o Alicante (1691), a la que llegaron a destruir casi totalmente, utilizando nuevos métodos de bombardeo ensayados en la década anterior contra Argel (1682, 1683, 1688) y Génova (1684).

En realidad, y como hemos visto, no era esta una situación nueva, ya que desde el inicio de la guerra franco-hispana de 1635 la marina de guerra francesa comenzó a disputarle a la Monarquía Hispánica el control del Mediterráneo Occidental, si es que en algún momento lo tuvo desde fines del siglo XVI. Las acciones marítimas en el transcurso de la guerra de Cataluña (1640-1652) y operaciones posteriores hasta la firma de la Paz de los Pirineos en 1659 fueron muy significativas y le demostraron a la Francia de Richelieu y de Mazarino la debilidad de las defensas hispanas del litoral mediterráneo. Durante el reinado personal de Luís XIV la presión aumentó considerablemente sobre las Baleares. Como hemos ido viendo, la mejor fórmula de Francia para romper las rutas comerciales y militares entre la Península Ibérica y los territorios italianos fue, sin duda, la presencia constante de una marina de guerra que, sin ser demasiado poderosa al principio, bastaba para tener sometida a la hispana, que nunca se pudo permitir un enfrentamiento directo por miedo a perder unos efectivos

¹¹³ AGS, GA, leg. 2.784, «Memorial» de Juan Bayarte Calasanz y Ávalos, 1688.

irreemplazables. Cuando lo hubo, como en la lucha por la recuperación de Mesina en 1675, el resultado fue desastroso. Así, también se entiende que primero los holandeses en la década de 1670 y, posteriormente, la flota anglo-holandesa de Guillermo III en la de 1690 hubieran de hacer acto de presencia en el Mediterráneo para frenar, y nunca mejor dicho, el hundimiento de la marina hispana. Pero no sólo eso.

La debilidad estructural de las defensas de las Baleares, especialmente de Menorca e Ibiza, como creemos haber demostrado, las hacían objetivamente presas fáciles para los franceses. Pero otras potencias, Inglaterra y Holanda, también tenían la vista puesta encima de determinados enclaves, sobre todo el puerto de Mahón. Francia parece que sintió una mayor atracción por Ibiza (no olvidemos las salinas ibicencas) y, sobre todo, por Formentera donde, sin población, podían hacer y deshacer a sus anchas, aunque tampoco desechaban un enclave tan magnífico como Mahón. Si bien Mallorca podía estar relativamente tranquila a la hora de rechazar una posible invasión, pues su demografía le permitía poner en el campo de batalla algo más de veinte mil hombres más o menos bien armados, además de las tropas del rey, de todas formas dicha contingencia sí podía ser inquietante si se producía por la bahía de Alcudía, cuya fortaleza, no perfeccionada y mal artillada, poca oposición podía ofrecer; en cualquier caso, no ocurría lo mismo con Menorca e Ibiza. Como hemos ido señalando, las defensas de Menorca (Ciudadela, Fornells, Mahón) no estaban del todo acabadas en los años del reinado de Carlos II, tampoco disponían del mejor parque artillero —Mallorca siempre pareció mejor dotada al respecto— y las tropas de guarnición estuvieron sistemáticamente mal pagadas y peor abastecidas. El peligro de invasión era real pues, además, las desavenencias entre Mahón y Ciudadela a la hora de planificar una defensa común eran públicas y notorias. Por otro lado, la milicia menorquina, peor armada que la mallorquina, apenas si llegaba a los tres mil hombres. El problema de Ibiza, como se ha explicado, era más bien la falta de tropas efectivas, por debajo de los doscientos hombres, también muy mal pagados y horrorosamente asistidos. Las defensas, si bien necesitaban mejoras, estaban acabadas y su parque artillero, aunque mejorable, parece que se hallaba en mejor situación que el menorquín a inicios del reinado de Carlos II. Creemos que fueron las enormes dificultades de mantenimiento que representaba Ibiza frente a la fértil, en comparación, Menorca las que hicieron decantarse a las potencias europeas por el control de esta última. Tampoco cabe olvidar que el puerto de Mahón, por sus condiciones naturales y en caso de mejorar sus defensas y dotarlo de una guarnición competente como ocurriría en el siglo XVIII con los británicos, se podía transformar fácilmente en una de las mejores bases para la marina de guerra de todo el Mediterráneo. Por otro lado, cabría preguntarse: ¿para qué necesitaba conquistar Francia las Pitiusas si hacía y deshacía a su antojo? La compra, incluso, de vituallas en una isla con tantas dificultades alimenticias es un hecho bastante claro. Cuando los franceses arribaban a Formentera, la isla era suya. Fueron las acciones contra Argel las que aumentaron su interés por las Pitiusas, puer-

tos de descanso tanto a la ida como a la vuelta, en la década de 1680. Pero así como en 1665 pareció que Francia iba a ocupar Ibiza, creemos que la experiencia les demostró que no hacía falta, ahorrándose el gasto y las dificultades de mantenimiento de una guarnición propia. Sabían que desde Ibiza nadie les inquietaría demasiado. Su interés por Menorca, y en especial Mahón, era más bien otro: impedir que los anglo-holandeses se hiciesen con aquel puerto.

Sin duda, fueron las circunstancias navales en el transcurso de la guerra de los Nueve Años las que impidieron una presión directa mayor sobre las Baleares por parte de Francia, pero, eso sí, hasta la llegada de la flota aliada en 1694 siguieron comportándose de la misma forma con Ibiza y Formentera, así como con Menorca —en 1693 sólo quedaban cincuenta soldados de guarnición en Mahón, por ejemplo—, molestando igualmente a los menorquines. La historia de Menorca a lo largo del siglo XVIII fue un fiel reflejo de los acontecimientos que hemos intentado clarificar en la medida de lo posible en el presente trabajo.

Recibido: 12-09-2007

Aceptado: 11-04-2008